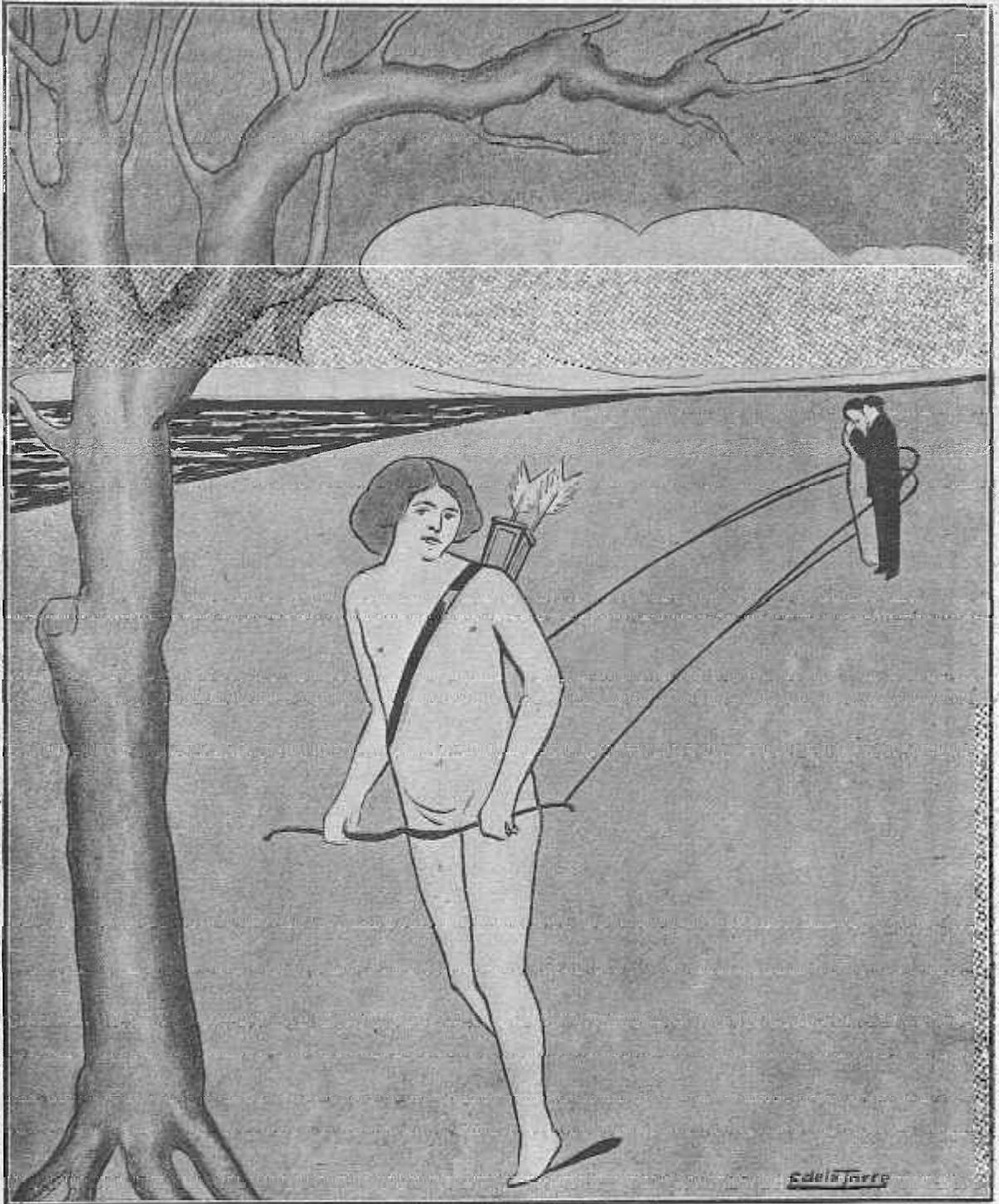


# Los Contemporáneos

212

2



---

ORO DE LEY

---

Novela de ARTURO REYES

Ilustraciones de E. DE LA TORRE

---

EDICIÓN: 20 cént.  
ECONÓMICA

# Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4  
Apartado 216 } MADRID

Precios de suscripción  
Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.  
Semestre 6,50 pesetas. Año 12  
Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18  
Anuncios: pidase tarifa.  
Número suelto: 30 céntimos



1400

## AL ESCUDO DE CATALUÑA

53—MONTERA—53—

JERSEYS Y MEDIAS PARA SPORT—ARTICULOS PARA TEATRO  
PRIMERA CASA EN GENEROS DE PUNTO ESPECIALIDAD EN ARTICULOS PARA NIÑOS

### A LOS ESPAÑOLES! Alrededor del Mundo en la REPUBLICA ARGENTINA!!

Gran Centro de Suscripciones á todas  
las Revistas y Periódicos de España.

**CAMILO VILBARÓ**  
913. BDO. DE IRIGOYEN, 913.—BUENOS AIRES

**IMPOTENCIA** de AMBOS SEXOS  
Radicalmente curada á toda edad por las  
**PILDORAS OURANIA**  
Este descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.  
Curación garantida con un solo frasco.  
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. Laboratoire NORDER, 31, Passage du Havre, Paris. — Frasco con instrucciones por correo, plus 12. — Depósito en Madrid: Farmacia GAYOSO, Arenal 2, en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA 4, Pasaje del Crédito

## TAPAS

para encuadernar todos los semestres

DE

## Los Contemporáneos

Están ya hechas y son sumamente artísticas, como corresponde á

**UNA PUBLICACION LUJOSA**

La tela es de similitud seda y las hay en los colores frambuesa y azul porcelana.

Precio: 2,50 el juego

ES

EL SEMANARIO ILUSTRADO MÁS AMENO  
Y MÁS INSTRUCTIVO DE ESPAÑA

### PROFUSIÓN DE GRABADOS.

Una novela encuadernable, siempre de gran interés dramático, en cada número

Artículos de viajes, curiosidades históricas, últimos descubrimientos, inventos, ciencia en forma amena y útil, costumbres, informaciones raras, orígenes de apellidos, averiguador universal, recetas útiles caseras e : : : industriales, problemas, etc. : : : :

Número gratis de muestra

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En España: Pesetas 2,50 trimestre; 5 pesetas semestre y 10 ptas. año.

En el extranjero: 4 francos trimestre; 8 francos semestre; 16 frs. año.

Oficinas: Caños. 4.—Madrid

**Impresos y Sellos Caucho**  
**ENCOMIENDA, 20 duplicado**  
**APARTADO 171.—MADRID**

Los números atrasados de  
**Los Contemporáneos**  
están todos á la venta en esta Administración:  
CAÑOS, 4, MADRID  
al precio de 30 céntimos.

ARTURO REYES

## ORO DE LEY

## I



Antonio abrió de par en par el balcón y paseó una mirada por el risueño golpe de vista que presentaba la calle: alegre tropel de chiquillos greñudos, churretosos y encuerinos, corrían de acá para allá; pregonaba sus mercancías con acento cadencioso algún que otro vendedor ambulante; martillaban con recio acompasado son en la fragua próxima; atronaba el calderero á los vecinos; repicaban las campanas; juraba el arriero al avivar á la acansinada recua; un viejo andrajoso lloraba su ceguera en quejumbrosas coplas gitanas á los sonos de una vihuela mal tañida; ladraban los perros y discutían las vecinas pintorescamente agrupadas en los umbrales de sus respectivas viviendas ó desde balcón á balcón y de ventana á ventana.

Veinte y uno ó veinte y dos años contaría Antonio el "Pistola" y era de figura esbelta, llena de elasticidad y gallardía; de ojos grandes de aterciopeladas pupilas en las que fulgían constantemente adormecedoras dulzuras; de tez morena de tonos cálidos y suaves; ligerísimo bigote negro y sedoso sombreaba sus labios carmesíes y abultados, cuyos tonos sangrientos aumentaban el marfilino blanco de su dentadura algo desigual; eran sus facciones de algo gitanesca estirpe y sus cabellos negrísimos y ondulados caíanle sobre la frente en acaracolados "tufos".

Y si á estas dotes estéticas unimos el mucho rocío que hubo de poner en su cara el Altísimo, no extrañarán los que nos lean, que su hermana Angeles (muchas veces mirándose reproducida en la luna del espejo) juzgara injusticia del cielo el que éste hubiera concedido á su hermano mayores incentivos que á ella, cuyos ojos, aunque de chispeante gracioso mirar, eran más pequeños que los de aquél, y cuyas facciones, aunque bellas y delicadas, no podían competir con las del que, con sobra de justicia, era como el abanderado de los buenos mozos del distrito.

Y si los incentivos de Antonio no dejaban de despertar en ella algo muy parecido á la envidia, mayor se la causaba el que no pudiera salir un día con su madre sin que ésta fuese blanco también de todas las miradas codiciosas de los mozos que

por su lado desfilaban: lo cual hacía que muchas veces al regresar á su casa dijera con algo de infantil despecho ó con voz tan mimosa como lastimera:

—Pero esto no pué seguir así; yo no salgo más contigo así me aspen como no te pongas careta. ¿Te crees tú que se pué aguantar eso de que no pasemos por la vera de un hombre al que no le dé un supitipando al verte, en tanto y cuanto que conmigo se quea tan fresco como si lo que acabara de ver fuera un coco de la Habana?

Realmente, Fuensanta, más que madre, parecía hermana mayor de sus dos hijos y con sobra de razón oímos decir refiriéndose á ella, al Señor Pepe el "Catite", hombre descontentadizo y de gusto tan excepcional que afirmaba haber quedado soltero por no haber encontrado hembra que le pareciera acreedora á usufructuar su bizzarria:

—Camará, esa sí que es una "gachí" de órdago, una rosa de Alejandría, pero que una rosa de Alejandría, pero que una rosa de...

—Pero, compare—exclamó interrumpiéndole el Señor Curro el "Talabarero"—que se va osté á quear dormío en Alejandría.

—¿Pero, compare, usted conoce á la jembra que yo digo?

—Hombre, si yo no conozeo de esta tierra más que á usted y la Jefatura y la taberna del "Que-mao", que es cosa cuasi tan malita como la Jefatura.

—Que lo oiga á usted el tabernero, y no va á ser puñalá la que le va á meter á usted por alevantar falsos testimonios—dijo con acento irónico el dueño de la taberna.

—Pos si usted no conoce á la madre del "Pistola", puée usted decir que no ha visto usted la oztava maravilla, porque es que la "gachí" es tó un fenómeno. Usted supóngase una jembra con un cuerpo que es una parmera, con un talle que cabe dentro de una "o"; con un pecho que está siempre buscándole la boca á to el que pasa, con una caera...

—¿Con una no más?

—Por argo se empieza, so mal ange; con una que parece que se la han tallao; con las piernas más reondas que columnas, con los "pimreles" que son dos tabas, y con dos jazmines por manos y...

—¿Pero y lo demás, hombre, y lo demás?

—¿Lo demás? Mire usted: pa explicarle á usted lo

demás, el frontis, pongo por caso, necesito yo que venga la música, porque es que lo que tiee por ojos son dos ventanales, y por nariz un canutero, y por boca un cintillo, y por garganta la de una paloma y por pelo... ¡Josús, y qué maticia de pelo que tiee el alma mía!

—Mia tú, Quemao—exclamó en aquel momento el Señor Curro con acento imperativo,—hazme el favor de traerme una limoná, que es que se me ha cortao el cuerpo oyendo á este gachó, que es que esto no se puée oír sin tomar un baño ó sin tomarse una limoná ó sin pegarse uno un tiro entre ambos parietales.

## II

Diez y ocho años acababa de cumplir Fuensanta cuando su marido, Juan el "Pistola"—un terno jacarandoso y simpático—tuvo un día el mal pensamiento de irse de turbonada con uno de sus compadres, famoso por su propensión á administrarle una puñalada hasta á su sombra, si su sombra se permitía despertar sus belicosos ímpetus; y después de pasar la noche ambos chocando copas y provocando á los mozos de más empuje de los que se tropezaron en su nocturno vagabundear, y en vista de que ninguno de los por ellos provocados había querido buscarse una desazón, decidieron ambos disputarse el primer puesto como hombres de riñones, desmondongándose con el mayor primor, acuerdo que dió por resultado que á los primeros claros del día tropezaran los más mádrugadores de los vecinos de la "Perindola" con los cuerpos inanimados de los dos ternes, que, conducidos que fueron al hospital, no tuvieron tiempo más que para arrepentirse de sus pecados y perdonarse mutuamente las sendas puñaladas con que habían puesto término prematuro á su gloriosa carrera.

Enterada Fuensanta del trágico sucedido, lloró amargamente la pérdida de su hombre, al que había rendido culto idolátrico de amor, mas cumplido este deber, de acuerdo con su madre, la señá Anica—hembra de buen fondo, recta conciencia, carácter enérgico y bigotes casi imponentes,—procedió al recuento de sus bienes, encontrándose la gentil viuda con dos "chaveítas", Antonio, que todavía se bamboleaba torpemente al andar, y con Angeles, que todavía no gateaba, más una casa enclavada en la calle de Mármoles: varios mantones de Maniña, algunas joyas, cinco muletos que comprara días antes de ser desmondongado su Don cuyo, y, además de con sus ahorros con los de su marido; con todo lo cual, y vendidos que fueron muletos, joyas y mantones, adquirió la interesada un solar colindante con la casa de su propiedad, á la que unió el solar, en el que edificó algunas habitaciones; y trasladándose al piso principal, tiró sus cuentas y se encontró con que, si bien humildemente, podía vivir y criar á sus hijos con lo que la casa le rentaba, sin tener que ir á la calle á dar un día de lavado y sin tener que dar padrastro á sus hijos, que, recordando al que á ella le hubo de tocar en

suerte, no obstante no haber sido de los peores, estremeciase al pensar que manos extrañas pudieran ofender á aquellos querubines, que tales la parecían, por lo rollizos y sonrosados, y que tan llenos de alegría sabían responder á las maternales caricias, palmoteándole en el rostro con sus manitas regordetas, nacarinas y sonrosadas.

—¡Veremos á ver lo que dura!—decían los más escépticos al ver el retraimiento en que la moza vivía, dedicada por completo al cuidado de sus hijos y de su limitada hacienda.

Pasados que fueron algunos meses, cuando todavía no dejaba de ir un solo domingo á visitar el último refugio del malogrado compañero y á convertirlo en jardín florido, dió principio el desfile por delante del balcón al que solía sentarse con sus retoños á coser, defendida por el cortinón de las miradas de los transeúntes, de los mejores mozos del barrio, que no tardaron en convertir aquel lugar en escaparate donde á todas horas lucían sus detes irresistibles procurando todos y cada uno llevar el pulso á sus rivales y colgarse á la bandola aquella paloma que no abdicaba para con nadie la adustez de su faz, ni la indiferencia y altivez de su mirada.

Durante muchos años ofició la graciosa viuda de escollo donde fueron á dejarse la quilla los más invencibles barcos piratas. Allí vieron eclipsarse su buena estrella Antoñico el "Maragato", Pepe el "Chincharrito", Juan el de "Levante", el "Pollo" de las "Unciones", y cien más: todos dignos de pasar á la posteridad en bronce florentinos y en mármoles de Carrara.

Fuensanta se batió denodadamente contra la tentación que pretendía arrastrarla en su imantada virágina de fuego; muchas veces sintió la moza desfallecer sus energías, muchas noches se las pasó sentada en el lecho con el codo en la rodilla y la mejilla en la palma de la mano forcejeando mentalmente por arrojar lejos de sí la imagen de tal ó cual mozo de los que á diario enviabanla amantísimas requisitorias; pero como Dios no nos da más carga que la que podemos resistir, concluía siempre Fuensanta por dominar los ardientes anhelos de su sangre juvenil y de su imaginación exaltada por el deseo.

—Esa "gachí" tiee por corazón un morterete—concluían por decir sus adoradores al ver cuán inútiles resultaban los disparos de su hasta entonces infalible artillería.

En una sola ocasión estuvo en un tris que aquélla no abatiese sus orgullosos oriflamas á los pies de un hombre al toparse con el cual un día, en la calle del Cañaverál, sintió nuestra graciosa protagonista que algo inusitado ocurría á su alma al conjuro de la mirada del desconocido.

Este era hombre de veintidós á veintirés años, y su semblante confirmaba el luto riguroso que delataba el negror del rico pantalón que marcando la elegante fortaleza de sus piernas caía recogido bruscamente sobre el fino brodequín de búfalo, la amplia pelliza orlada de astrakán de terciopelo rizado y el flamante rondeño gris con el negro velillo hasta el filo de la copa.

La figura del desconocido era reposada y fuerte, sus movimientos lentos sin torpeza, y su rostro de tez marcadísimamente morena aparecía vela-

do por honda expresión de amargura y recogimiento.

Fuentsanta advirtió que no encontraba en el desconocido nada que no fuese de su gusto y esto hizo que se mordiera los labios un tanto mortificada.

### III

—Oye tú, Pepe “Casquijo”—dijo á éste Antoñuelo el “Tano” á la vez que colocaba una de las fichas de dominó sobre el tablero de la mesa.—¿sabes ya, por fin, quién es ese pajarraco que ha comenzao á jacerle la rnea á la Fuentsanta?

—Pos según parece, uno de Córdoba que ha venío á dejarse hipoteca el chirimoyo en los “chizos” de esa “gachí”.

—¿Pero se sabe cómo se llama el “gachó”?

—Me lo dijieron, pero se me ha dío de la pizarra.

—¿Y sabes tú si sigue jaciéndole cucamonas á la viuda?

—Pos según me ha dicho la Adelina, el mozo sigue atoreando, pero como quien no jace la cosa, sin dar mucho el cuerpo, en lo que jace bien y yo le alabo el gusto, porque es que si le hubiera dao más fuerte la picá, me parece á mí que diba á tener el “gachó” que golver á su tierra metío en un cerete, porque, según me ha dicho el “Bitácora”, el de Cáiz, está ya por mó de eso que jumea y como con ganas de meterle al otro un acosón en uno de los sitios más delicaos.

—Menos acosones, “camará”, que el “Chicharro” dende que vino de Cáiz, que va ya pa una mancha de años, anda comiéndose los hígados de toíto ér mundo y entoavía no ha tenío que tomar, que yo sepa, el surfato de sosa, ni el aceite de rino.

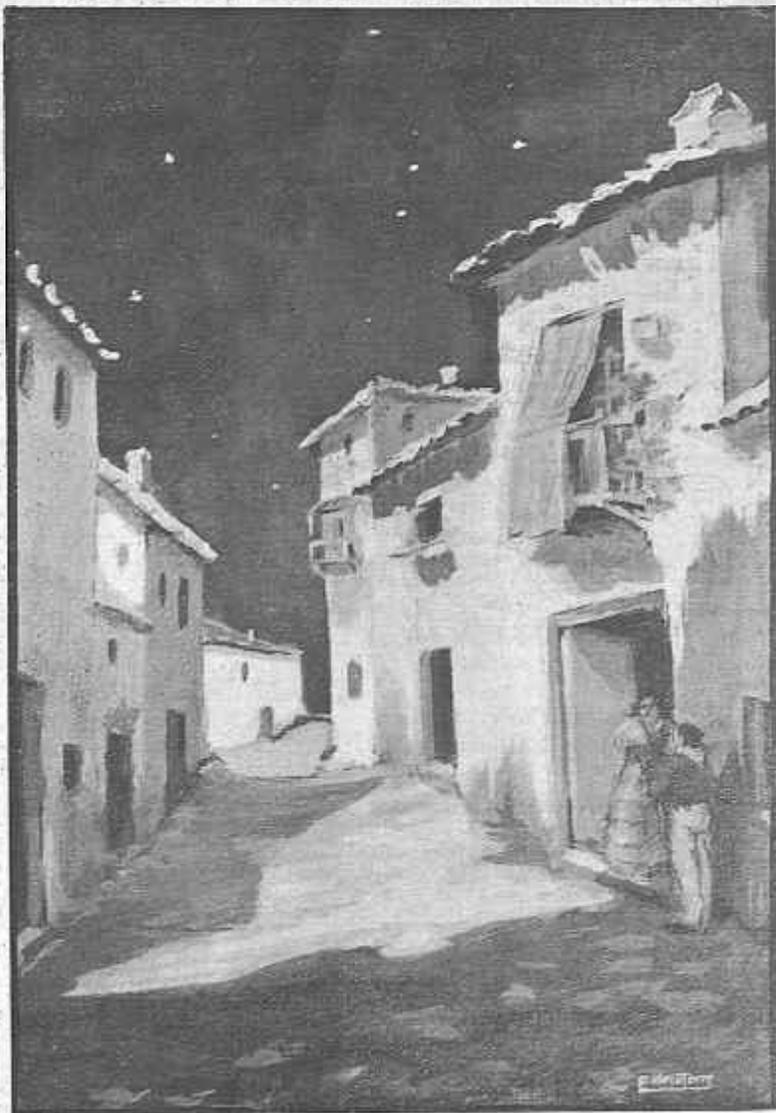
—¿Pero es que tú te piensas que el de Cáiz no es capaz de...?

Se encogió de hombros el “Tano” y canturreó á la vez que ordenaba en correctas filas las fichas del dominó que acababa de barajar sobre el tablero de la mesa:

Yo pienso lo que yo pienso,  
piense bien ó piense mal  
y no premito que nadie  
se me meta en mi pensar.

—Cal alleros, que Dios sus bendiga—dijo en aquel momento penetrando en la taberna con paño lento y majestuosa actitud Perico el “Empalme”.

—Hola, Pedro—exclamaron á eco los allí reunidos.



—¿Qué? ¿quiées jugar?—le preguntó el “Tano” á la vez que le indicaba una de las sillas desocupadas.

—Jugaré un partío, pero no más que uno, que aluego quiero dir á ver cómo sigue el “Chícharo”.

—Pero ¿qué le pasa al “Chícharo”—preguntaron casi simultáneamente los jugadores y el tabernero, cambiando entre ellos una furtiva mirada de inteligencia:

—Pos cosa que tiée arreglo gracias á un “divé” y á que lo que tiée por cabeza el “gachó” es un malacate, pero asín y to cuasi se le puée ver un paisaje por el boquete.

—¿Pero qué ha sío lo que le ha pasao?

—Pos na, que jace un rato, según parece y según me ha cntao el “Clavicordio”, como el alma mía

tiée ese genio tan súbito y se cree que no se puée estornudar en el barrio en tanto y cuanto él no dé su permiso...

—Pero se puée saber...

—Sí, hombre, sí. Ya saben ustés que el mozo anda más emperrao que “Chaquetón” en que la Fuensanta se jaga jarabe ca vez que se lo tira á la cara.

—Por sabío.

—Pos bien, yo no sé si sabrán ustés que desde jace seis ú siete días anda tirándole los chambeles á la Fuensanta un “gachó” que según parece, es de la provincia de Córdoba y que ha vinío á mercar una punta de ganao.

—Por sabío.

—Pos bien, como la Fuensanta cá vez que ve de asomar por la esquina al de Cáiz, se le comienza á pegar la olla, ú á dirsele la leche, ú á pasársele las planchas, y el de Cáiz parece que venía notando que cuando pasaba el otro no le ocurría ninguno de estos percances á la “gachí”, pos se le encomenzó á agriar el estógamo y á espesársele la saliba; y esta noche, al ver que ella estaba sentá en su balcón y en la acera de enfrente el de la provincia de Córdoba, y que ella al verle llegar á él le volvía la espalda, pos al hombre se le prendió fuego á la Santa Bárbara y quiso cobrarle al de la provincia de Córdoba, el sofión de la otra; y el de la provincia de Córdoba no se quiso dejar manosear por el de Cáiz, y alevantó el “gallúo”. Y na, que el de Cáiz se puso en postura de baile y después dió una voltereta y endispues un zaleazo; y na, que se ha necesitao una “singer” pa jecharle un respunte en el remate.

Cosa cierta y no fantaseo era lo narrado por el “Empalmaa” en el hondilón, y lo único que habíase olvidado de contar era que para realizar lo que hubo de llevar á cabo con el de Cáiz, el desconocido, habíale suplicado á aquél, cortésmente, le acompañara á lugar más á propósito.

Y lo que tampoco contó el “Empalmaa”, por ignorarlo seguramente, fué que mientras los guardias conducían al herido á la casa de socorro más próxima, sin conseguir que el agredido diese las señas personales del agresor, pues según aquél confesaba, la cosa había resultado como por arte de encantamiento, tornaba el desconocido á calle de Mármoles y acercábase á Fuensanta que al oír contar lo ocurrido, habíase situado en el umbral de su vivienda, por curiosidad, según decía, pero en realidad inquieta por lo que hubiérale podido ocurrir al del velillo en los ojos y en el sombrero.

—¿Pero qué es esto?—exclamó la viuda sorprendida al ver acercársele al desconocido, el cual, djole con voz dulce y de simpático timbre sonoro:

—¿Sería usted tan requetegüenísima pa mí que me permitiese dos palabras?

La sangre azotó las mejillas de aquélla, sintió que tornábase anheloso su respirar, y turbada por el brillo de aquellos ojos tristes y apasionados que desde hacía una semana no la dejaban ni durante la vigilia ni durante el sueño, ojos que parecían destellar melancólicos en su pensamiento, haciendo vibrar en su alma un adormecido cordaje; al sentirse próxima á aquel hombre cuyo recuerdo conseguía á veces interponerse en su alma entre ella y los de

sus hijos y el del hombre único cuyas caricias en tan hondos deleites la hicieran hundirse en los breves años de su muerta felicidad; al oír aquella voz varonil y apasionada, no supo qué hacer ni qué responder.

—¿Y qué es lo que tiée usted que platicar conmigo?—le preguntó, por fin, sin atreverse á volverle la espalda, que era lo que hasta entonces había hecho con todos sus más tercos amadores.

—Lo que yo tengo que hablar con usted es mu largo y al mismo tiempo se puée decir en un suspiro, y lo que yo le pío á usted por lo que más quiera usted en el mundo, es que me premita usted venir mañana pa que yo hable con usted antes de dirme. Y si después de hablar con usted, á usted se le ablanda el corazón, en ese caso me queo en Málaga jasta que me acabe de rematar la alegría; y si me salen las contrarias, mañanita mismo cojo el tren y me voy á mi tierra. Y yo le juro á usted que no güervo á poner los pies en ésta como no sea que me traigan conducío.

Fuensanta oía al de Córdoba como embelesada, y tras algunos momentos de indecisión:

—Pero hijo—le repuso á la vez que ponía una mirada de inquietud en torno de ella.—¿Usted cree que yo me puéo poner á platicar asín como asín con la primera persona que me lo pía, sin que yo sepa tan siquiera si se acaba de dejar ó no en cualquier parte el grillete.

—Tiée usted razón, pero si usted me premita que hablemos mañana, yo mañana le diré á usted toíto lo que usted quiera saber de mi presona.

—No, no puée ser eso—exclamó bruscamente Fuensanta, sintiendo despertar en ella aquella energía que durante tantos años habíala defendido contra los ruegos de sus enamorados.

—Está bien—murmuró con voz sorda y de tristes inflexiones el enlutado,—ya me voy; usted perdone; y como yo al arrimarme aquí lo he jecho porque me lo mandaba er corazón y el alma y toítos mis pensamientos; y como una hora de vía es vía, yo le pío á usted que lo piense usted esta noche y que si me vale mi Virgen del Buen Socorro, que es á la que yo le rezo siempre que como ahora me veo en peligro de muerte, se asome usted mañana á las diez al balcón, y si está en el balcón será señal de que se ha adoleció usted de mi penar. y si no está usted en él, que Dios del cielo la jaga á usted to lo dichosa que yo le deseo y que tenga misericordia de mí pa que no me mate la pena.

#### IV

Una mariposa, encendida delante del Crucifijo colocado en el tablero de la cómoda, iluminaba vagamente el dormitorio donde Fuensanta, con sus hijos junto á ella, y con los ojos como clavados en la techumbre, yacía inmóvil mientras aquellos dormían con la sonrisa en los labios y las cabecitas reclinadas en el maternal regazo, cuyo intenso bláncor hacía resaltar las rizosas negrísimas mechas de los graciosos descendientes del “Pistola”.

Terca batalla decisiva librábase en aquellos mo-

mentos en el alma de Fuensanta que no conseguía apartar de su imaginación el recuerdo de aquel hombre que tan hondas y misteriosas afinidades y simpatías despertara en su corazón y en sus sentidos que parecían querer vengarse de la forzosa inercia á que los tenía condenados.

—¿No será esto ya una dextración?—se preguntaba mentalmente Fuensanta.—¿Sería yo acaso la primera mujer que se casara dos veces? ¿Por qué razón han de tener mala sangre todos los hombres? Yo comprendo que no me case con el de Cáiz que es un loro que no tiene más que bonita la pluma; ni con el “Talego”, porque es un hombre que por una “torda” es capaz de comerse á cualquiera en sobreesá, ni con el “Charrata”, porque aonde escupe nace un sarmiento; ni con el del “Tronío” porque es un trueno; pero no digo yo con éste, que no sé siquiera aonde tiene la raíz, pero, ¿por qué no me he de poder casar con cualquiera otro si es güeno y si es honrao y me gusta y es cariñoso pa con mis hijos... Pero ¿y si no lo es? ¿y si en cuanto pasen los dos primeros meses se quita la compostura y se quéa caracol? ¿Y si encomienza á mirar mal y á tratar mal á mis luceros?

Y ante esta idea estrecharon brusca y nerviosamente sus brazos á sus hijos y los besó amorosamente en los ojos, en la frente, en la boca, en el cabello. ¡No, no, ella no se volvería á casar nunca, nunca! Preferiría tener que ponerle á su corazón una camisa de fuerza; ¡ella casarse para que el que escogiera para marido le resultara por lo mejor uno como el que su madre tuvo la mala tentación de darle á ella: como aquel del que no recordaba una sola caricia y sí desvíos y malas caras. ¡Y si los suyos tenían aún peor fortuna y les tocaba en suerte uno de tantos como ella conocía, como el padrastro de los hijos de Pepe el “Serenos”... Si levantara la cabeza el “Serenos” y viese cómo otro hombre maltrataba á sus hijos y los tenía hambrientos y desnudos, con los cuerpecitos llenos de cardenales, sin que su madre pudiera hacer otra cosa que pelear como una leona por defenderlos de las brutales acometidas del “Tirillas”: de aquel mal hombre que después de derrochar los cuatro maravedíes que dejara á sus hijos el difunto, y después de hacer perder á su mujer casi todos sus atractivos, abofeteábala en su dignidad paseándole por delante las cuatro “pelandrucas” con las que se hubo de gastar lo que el difunto agenciara con tantas fatigas...

¡Oh, no! ¡Ella no correría nunca tal riesgo. Verdad que la culpa la tenía la de las “Flores” que aguantaba aquello; pero qué sabía ella adónde podía llegar ya puesta en la pendiente! Ella conocía mujeres, muchas mujeres que besaban humildes y sumisas las manos que las maltrataban. Y que llevaban resignadas su cruz á cambio de unas cuantas caricias del hombre querido.

¡No, ella nunca hubiera podido soportar aquello! Además que al desconocido... Pero qué locura: el desconocido, creer que el desconocido no podría ser nunca tan malvado como el “Tirillas”, ¿y por qué? ¿porque tenía cara de bueno? Más cara de bueno, expresión más dulce é insinuante que la del “Tirillas”, ninguna; ella, viviendo todavía el “Pistola”, había aconsejado á su amiga que se vol-

viera á casar, engañada por las dulces y apacibles apariencias del que más tarde había de convertirse en su verdugo. El “Tirillas” cuando solicitaba á la de las “Flores”, estaba pidiendo á voces ser beatificado; su mirada y su sonrisa ¡cuán dulces!; su voz ¡cuán grata y persuasiva! ¡Con cuánta resignación hubo de soportar todo el tiempo que le convino que los pequeñuelos le tiraran del bigote, le mancharan los pantalones, le llenaran de baba el rostro, lo cual no impedía que anduviera siempre besuqueándolos.

Fuensanta recordaba sus palabras: aquellos tres pequeñines eran tres plumas que habíansele desprendido á un serafín al cruzar el espacio azul; los tres eran fieles retratos de su madre; por esto, porque eran sus hijos, él los adoraba y quedábase como embelesado mirándolos. ¡Cuántas, cuántas veces los cogía á los tres en sus brazos y paseábalos por el corredor entonando un himno bélico! ¡Cuántas veces limpiábales la cara con su propio pañuelo! ¡Milagro que no lo había guardado como reliquia!

Y después, cuando hubo “desbolillado” el último duro y ajado el último hechizo de la de las “Flores”; cuando ésta ya no pudo ofrecerle más que su corazón, oh, entonces, cómo aquel mismo hombre trataba á puntapiés á las tres plumas desprendidas de una de las alas de un serafín; cómo huía de su rincón ante cuyas tristezas su pecho no del todo cristalizado hacía resonar en sus oídos amarguísimos reproches, que eran los mayores enemigos de la de las “Flores”; porque cuando ésta, destrozada y dolorida, empezaba á acariciar el proyecto de huir del rincón conyugal, cuando ya iba á rebotar en el vaso la hiel de sus dolores, el “Tirillas” al mandato de la voz inexorable que le acusaba, sentíase un momento arrepentido, y esto hacía derramar algunas gotas de bálsamo consolador sobre las llagas por él abiertas en el corazón de su mujer, que resurgiendo un punto llena de esperanzas al conjuro de la caricia, decía paladeando aquel efímero dulzor que hacía olvidar todas sus largas horas de sufrimiento y abandono:

—No, no es malo mi Paco; mi Paco tiene buen fondo; las malas compañías y esas cuatro charranas que me lo tienen engreído, pero él no, no es malo; si tú lo hubieras visto ayer: á tós los nenes los tomó en brazos y á cá uno le dió un beso y á cá uno le trajo un dulce.

Y Fuensanta recordaba cómo, al contarle esto su amiga, temblaba de gozo y un rayo de alegría aureolaba su frente como un rayo de sol un acantilado tras una noche de tormenta.

No, ella conocía, por desgracia, lo que eran los hombres, ella había escarmentado en cabeza ajena; ella sabía que tras aquellas reacciones momentáneas que tan de ilusiones llenaba el corazón de la de las “Flores”, tornaban las aguas á su antiguo cauce. Y no era sólo la de las “Flores”, eran todas las que habían dado padres postizos á sus hijos: el mejor de éstos que conocía era Paco el “Trebujena”, y éste había dicho muchas veces delante de ella, ponderando el amor que profesaba á su consorte:

—Ya ve usted si la quedré con toas las veritas é mi corazón y con toitas las coyunturas é mi cuer-

po, que entoavía, y va ya pa cuatro años de tenerlos á mesa y mantel, pos bien, entoavía no he lisiado á ninguno de los dos fenómenos que le dejó el mal ange de Perico el "Caracol".

No, ella no necesitaba de tantos ejemplos, bastábale con recordar al señor Cayetano el "Viruta": aquel hombre que á medio dominar por su mujer, no se atrevía delante de ésta á demostrarle su implacable antipatía; pero cuántas y cuántas veces acardenaló su cuerpecito á espaldas de la señá Anica, confiando en que ella callaría por evitar á aquélla un disgusto y un nuevo escándalo en la casa. No, bien podrían dormir tranquilos aquellos hijitos de sus entrañas, que ella cumpliría la promesa que se había hecho delante del cuerpo ensangrentado del "Pistola", de no volver á tener que sentir el dardo del dolor en el alma por causa de hombre ninguno.

Peró al decir esto y recordar el rostro grave, viril y melancólico, y el dulce destellar de los ojos del de Córdoba, no pudo evitar que un hondo y prolongado suspiro se abriera paso por entre sus labios carmesíes que fueron á posarse, como ávidos de consuelos, en la tersa frente de su Antonio, que despertando al dulce contacto, rodeó con sus bracitos el cuello de su madre, abrió sus grandes ojos, y sonriendo graciosamente, se apretó contra el maternal regazo y balbució después de corresponder á los besos de aquélla:

—¡Ay, mi male, ay, la malecita mía!

Y al dulce conjuro de aquella voz serenóse el rostro de Fuensanta, como si aquellos dulces, amantísimos balbuceos la acabaran de compensar espléndidamente del tremendo sacrificio.

Veinte y dos años eran transcurridos desde el día en que el de la provincia de Córdoba al pasar por delante de la casa de Fuensanta y no ver á ésta, prosiguió su camino después de poner una última

mirada en el balcón, tras cuyos cristales hubiera podido divisar el rostro pálido de la viuda del "Pistola", que al verle doblar la esquina, descansó la tersa frente sobre el brazo apoyado contra el maderamen, permaneciendo inmóvil y silenciosa hasta que tirándole de la falda, la sacó de su triste ensimismamiento la voz de su Angeles que reclamaba uno de sus más indiscutibles privilegios.

Pasados los primeros años, convencieron los mozos del barrio de que era punto menos que imposible encadenar á su yugo á Fuensanta, y chasqueados todos en sus pretensiones, concluyeron por hacerla objeto de su respeto y de su estimación los hombres y de sus simpatías las mujeres.

Y como en estas clases de lides, las grandes batallas no se libran más que en los comienzos, á los cuatro ó cinco años, había Fuensanta dominado de manera tal los enemigos que en nosotros traemos al mundo, que su vivir deslizábase sereno como un arroyo en estío, sin que efervescencias de su sangre ni extravíos de su imaginación turbaran la dulce plácidez de sus días, que

Dios, en justa compensación, había llenado de los más puros deleites.

A los seis ó siete años de viudez, su vivir no era turbado por inquietud ninguna, y cuando veía á sus hijos sanos, hermosos, rebosantes de salud y de amor; cuando los veía regresar de la escuela, conducidos de la mano por la señá Anica, cuyo bigote había llegado á lo inverosímil, y se abrazaban á su cuello disputándose, tercamente, el beso primero; cuando mientras la abuela le contaba las travesuras realizadas por ellos durante el día; procuraba Angeles taparle con sus manos las orejas para que no oyese las tremendas acusaciones, y Antonio, á horcajadas en sus rodillas, juntaba á los de ella sus labios para cerrarle el paso á la "regañuza"; cuando sus ojos gozábanse viendo en los de la infantil pareja dos almas cristalinas que radiaban como dos crepúsculos matutinales, y gorjeaban en sus labios frescos y acariciadores, como alondras enamoradas, entonces bendecía á Dios que habíale dado fuerzas bastantes para no caer en las emboscadas y tentaciones



con que los amadores habíanla acechado páfida-mente en su sendero.

De todos los hombres que habían hecho oposi-ción á su mano, sólo el recuerdo de uno no la ha-bía abandonado del todo, y todavía de vez en cuando, en sus momentos de abstracción, so-lia Fuensanta recrear su espíritu evocando la figura reposada, cenceña y varonil de aquel desco-nocido cuyo intenso mirar melancólico hubo de po-ner en tan grave riesgo su tan bizarramente defen-dida independencia.

Tranquila y dichosa vivía, pues, Fuensanta sin que pena alguna la torturase; pues, ni la más li-gera nube empañaba el terso cristal de su es-píritu ni contrariedades de orden económico la fatigaban, mereed á que Antonio, al que había de-dicado desde niño á un oficio, apenas hubo cum-plido los veinte años, díjole un día con acento de súplica:

—Mira tú, marecita mía, sa menester que no te “enjotes” en que yo sea tallista; mía que yo creo que Dios al mandarnos á este mundo nos pone un tiquete en el alma diciendo:—Este pa torero, este pa boticario, este pa pinche de cocina; y que en el tiquete que me ha puesto á mí dice:—Pa profesor de guitarra.

—¿Pero te crees tú que voy yo á consentir que tú vayas como el “Tejoleta” con la guitarra al brazo, de ventorrillo en ventorrillo?

—¿Y te crees tú, chalaíta de mis ojos, que to-cando la guitarra como la toco yo, que según ha dicho el propio “Parga”, la toco pa que la gente me chille; te crees tú—ripito—que tengo yo necesi-dad de dir de ventorrillo en ventorrillo como el “Tejoleta”? No, señora doña Fuensanta, la señora más requetegraciosa de tofo er mundo; está ústé dequivoacailla der to, porque ha de saber us-té que yo soy no un tocaor, que tocaor lo es cualis-quiera, sino un profesor con toitas las de la ley, y como soy to un profesor, pos mañana mismito pongo, Dios mediante y si tú me lo consientes, un anuncio en tos los periódicos diciendo en letras tan grandes como capachos: Antonio Carmona y Córdoba, hijo de la jembra más requetebonita que ha puesto Dios en este valle de lágrimas. Profes-or de guitarra. Calle de Mármoles, 23. Se dan lecciones á domicilio, precios módicos.

—¿Y te crees tú...?

—¿Que si me creo yo que van á venir á buscar-me? Pos un piquete vas á tener que poner en la puerta pa que no alborote la gente que va á venir en busca mía; sobre to no va á quear ni una, pero que ni una chavalilla que no quiera que yo la ense-ñe una miajita de garrotín ó una miajita de se-rranas!

—¿Presumío!

—¿Pero tú no sabes que to er mundo dice que tú y yo semos como dos gotas de agna?

Antonio, no se había equivocado en sus conje-turas, y al segundo mes de estar ejerciendo su pro-fesión, llegó una tarde á su casa y después de po-ner en las tersas mejillas de su madre el beso de ordenanza, díjole sonriendo jovial y maliciosa-mente:

—Ay, mi señora doña Fuensanta, y qué alegría que le traigo á ústé y le traigo á mi hermanita!

—¿Una alegría pa ca una?—preguntó la última descansando su codo sobre el hombro de su her-mano.

—Sí, que sí; y si no, vamos á ver, ¿qué es lo que tú tenías más ganas de tener pa colocártelo á tu cuello?—dijo el profesor de guitarra, encaráudo-se con su madre.

—Vamos, acaba de una vez—díjole febril é im-paciente Angeles.

—Pos verás, marecita mía, tú te acordarás que te pedí premiso pa poner un anuncio...

—¿Digo! ¿cómo que ya llevas pagao un dinerá!

—dijo Angeles con expresión ponderativa.

—Vamos á ver, ¿cuánto llevas ya pagao?

—Un dineral, lo menos sus cuatro ó cinco alfon-sinos.

—Pos supongamos que sean cinco—dijo Anto-nio sacando la cartera del bolsillo interior de la americana y de la cartera un billete que puso en la falda de aquélla.

—¿Pos vaya si tiée jumo el capitalista!—excla-mó Angeles mirando á Antonio sorprendida.

—¿Pero esto?—le preguntó su madre con no menos sorpresa.

—Pos esto es que ya sabía yo lo que me jaía al dejar el oficio y pa celebrar mi güena fortuni-lla, pos te he mercao á ti, lo que tú tenías más ganas de tener ú sea este medallón pa que pon-gas en él el retrato del que jizo que...

—¿Ay, qué repreciosísimo que es, chiquillo!—di-jo Angeles abriendo extraordinariamente los ojos.

Los de Fuensanta desbordaban maternal cari-ño, y cuando Antonio le hubo colgado al cuello el medallón cogióle el rostro entre sus manos y puso un beso en su frente.

—¿Y á mí? ¿y á mí qué me has traío?

—Pos á ti... á ti, esto.

Y Antonio entregó á su hermana un estuche den-tro del cual brillaba una cadena con un artístico eol-gante.

Angeles dejó escapar otra exclamación y se apresuró, adornada ya con el regalo, á colocarse delante del espejo.

—Pero, Antonio, esto te habrá costao un dine-ral—dijo á su hijo Fuensanta con dulce acento de reproche.

—Pero qué rebonito que es mi colgante, y la cara que va á poner en cuantito me lo vea Ange-lina, la hija de Rosario, la modista que tiée uno que no vale ni lo que la mitá que éste y el día que se lo puso ni me saludó tan siquiera.

## VI

Como en la mañan del día en que por vez pri-mera sacamos á relucir al “Pistola”, dejamos á éste asomado al balcón de su casa, conviene ha-cer constar que en celebración de ser su cum-pleaños, habíase engalanado con los trapitos de cristianar, y que tras pasear la mirada, ya listo, por el risueño golpe de vista que presentaba la calle, fuése á paladear una taza de café y una co-pa del famoso anisado del de Cazalla de la Sie-rra al hondilón del “Zurito”, encaminándose des-

pués—acariciado por el amartelado mirar de las hembras que se tropezaba—hacia la Caleta, refugio último, en algunos de sus ventorrillos, de los amantes de la tradición y de nuestras rancias, pintorescas costumbres.

Invitaba el día al “dulce no hacer nada” con el azul deslumbrante de sus horizontes; el verdor de los campos, las suaves ondulaciones del adormecido mar, en el que tensaban los barquichuelos de pesca, la blanca vela latina: el sosegado y dulce sopor en que todo yacía, y el silencio que era sólo turbado de vez en cuando por el rápido resbalar de los tránvías ó por el acompasado son guttural con que los jabegotes alentábanse recíprocamente en la fatigosa brega.

Penetró Antonio en el ventorrillo del “Canelo”, uno de los pocos que aún evocan los de la pasada centuria, con sus renegridas cuarterolas, los viejos anaqueles obscuros, en los que algunas botellas conservaban el toscó laurado de años que fueron, con el amplísimo parral que cubría de pámpanos el patio, y con algunos cenadores vestidos de yedra á cuyas cárdenas campanillas el sol hacía adquirir intensas irisaciones de amatista.

En el momento en que Antonio penetrara en el ventorrillo, un vistoso, relampagueante bandurrio de mozas salía por la puerta que daba á la arenosa playa escoltado por un viejo de rostro curtido, niveas patillas, hendido “cordobés” y traje flamantísimo, el cual antes de salir dirigióse al ventorrillero diciéndole:

—Ya sabes, sopa de rape y calamares y to lo mejor que tengas guardao pa cuando vié la diplomacia extranjera.

—Oiga usted, Casimiro—dijo Antonio al ventorrillero que seguía con mirada complacida al parroquiano,—¿quiénes son esas gaviotas que vuelan hacia el playazo?

—Pos ni que vinieras de Ultramar, chavó; él es el señor Pepe el “Castizo”.

—A él le conozco de vista, pero es que él no tié, que yo sepa, más que un “Clavel” y yo lo, que acabo de ver es toíto un ramillete de rosas de té con una de Pitimini.

—Pos según he poío yo sacar en claro, de cuatro palabras que he cogío ar vuelo. las otras son varias amigas del “Clavel” y la de Pitimini, una hija de un compadre del “Castizo” que la ha mandao aquí pa sacarnos á tos de su sitio la dentaura.

—Yo creo que sí, porque, por lo menos, á mí me ha dao la tarde, “chavó”, porque vaya si se ha traío la “gachí” toíto lo suyo en la viñeta.

—¿Y qué ha sío eso de echar tú, á estas horas por estos andurriales?

—Pos le diré á usted que como no sabía con qué asesinar el tiempo, pos cogí el tranvía, y na, que al llegar al “Valle de los Galanes” me acordé de usted y de lo que me gustan á mí los espetones arreglaos por usted y me dije yo:—Pos vamos pa ca del “Canelo” á que me dé lo que más el cuerpo me píe.

—Pos menester es que te esperes un ratillo, porque es que tengo que mandar á ver si alguno ha sacao argún lance de sardinas.

—Por eso no se apure usted que yo me voy un ratillo á la playa.

—¿Y á tu sombra aónde te la has dejao?

—Pos poco tardará en dar conmigo, porque le dejé recaó en ca del “Zurito”.

Antonio se dirigió hacia donde los jabegotes, encorvados por el esfuerzo, hundían los pies hasta el tobillo en las movedizas arenas.

Junto á ellos, en espera de ver salir el copo, habíanse sentado las escoltadas por el “Castizo”, Antonia, una muchachita de rostro demacrado, cabello abundoso y de grandes ojos de un azul desvanecido; las “Clavellinas”, tres hermanas que cantaban á voz en grito su parentesco, y Araceli, unigénita, según más tarde pudo enterarse Antonio, de Paco el de “La Umbría”, rico hacendado de las tierras cordobesas.

Araceli podría contar dieciocho á diecinueve años y era de delicada contextura: su cabello castaño y sedoso, partido en bandas sobre la tersa frente, cubría sus orejas como con relucientes grecas, y caíale sobre la nuca en espléndida castaña prendida por una á modo de reducida diadema orlada de piedras francesas, que relucían al sol como gotas de rocío; sus facciones correctas y delicadas, tenían transparencias opalinas, y sus ojos, que agrandaba la ligera demacración de su rostro, tenían garzas profundidades en las que el alma parecía añorar cosas más bellas; sus labios frescos como pétalos purpúreos, dejaban ver una dentadura de insuperable blancor y de pequñez maravillosa; sus mejillas algo fléxidas parecían de porcelana lo mismo que sus manos en las que se dibujaban los músculos y las venas con poco tranquilizador relieve.

Una falda, reñida con el mal gusto de la moda imperante á la sazón, de fina tela azul pálido, adornada, como la chaquetilla, con ricos encajes, avaloraba la gentileza de su figura; su pie primorosamente calzado era de pequñez casi inverosímil, y lo algo corto de la amplia falda dejaba ver al menor descuido de la moza el principio de una pantorrilla de tentadora arrogancia.

Cuando Antonio se aproximó á los jabegotes, Antonia y la “Clavellina” entreteníanse en acreditar su mal tino, no acertando ninguna de ellas á dar en el blanco que habían puesto, utilizando la sombrilla de sol de Araceli, mientras ésta, sentada en la arena, contemplaba con vaga ironía los poco certeros disparos de sus amigas.

—Pero qué torpes que son ustedes—concluyó por decir, é incorporándose rápida y cogiendo una de las chinas que blanqueaban á sus pies, la arrojó de modo tan certero que la sombrilla cayó en el momento en que una ola se retiraba como preparándose para la nueva acometida.

—Buen tino—dijo el “Castizo” que fumaba tranquilamente casi tendido cerca del alegre bandurrio.

—Vaya—exclamaron palmoteando alegremente Antonia y las “Clavellinas”.

—Pero que la mar se la lleva—gritó en aquel momento Araceli al ver cómo flotaba el quitasol sobre la onda azul y cristalina.

Al grito de Araceli todos corrieron á arrancar al mar su presa, pero Antonio que habíase anticipado no vaciló un punto y metiéndose en el agua cogió la sombrilla y dirigiéndose tranquilamente adonde su dueña le contemplaba entre turbada y

complacida, exclamó con voz suave y con la sonrisa en los labios á la vez que se la entregaba:

—Mañana mismo pío pa mí la cruz de Beneficencia.

Araceli le miraba arrepentida de haber dado motivo á que Antonio se sintiera con derecho á solicitar tan simpático galardón; las "Clavellinas" le sonreían con expresión seductora.

—Muchas gracias—balbució por fin Araceli.—Pero se ha mojado usted toíto y si se pusiera usted malo...

—Yo no me pongo malo, y además aunque me pusiera, ¿y el gusto de haber podido hacer á usted un favor á tan poca costa?

Y al decir esto los ojos del "Pistola" parecían querer adueñarse de aquella carita pálida y de aquellos grandes ojos en cuyo fondo parecía añorar cosas más bellas el alma de la muchacha.

—¿Por qué no se quita usted el calzo?—preguntó á Antonio el "Castizo".

—Porque no merece la pena; ahora me siento al sol y dentro de cinco minutos como la mismísima yesca.

—Vaya si van á ser los suyos unos pantalones salaos—dijo una de las "Clavellinas" á las compañeras.

—Siéntese usted aquí, aquí—exclamó una de éstas dirigiéndose al "Pistola".

Este no quitaba ojos de Araceli, que con la tez encendida y la vista en la arena no se atrevía á retar la de aquel hombre cuyo rostro antojábasele á ella llenito de hasta entonces nunca vistos atractivos.

—¿Quién es éste?—preguntó á Antonia, Araceli cogiéndose al brazo de ésta.

—Pos el número uno de los hombres del barrio, porque es que Dios le ha dao, como ves, toíto lo suyo y una miajita más de ángel pa que le sobre al mocito.

—¿Y qué oficio tiée ese hombre?

—Pos su madre, que dicho sea de paso, es la mejor moza de la provincia, quiso que fuese tallista, pero como á él le tiraba tantísimo la guitarra, que la toca de un mó que quita la cabeza, pos velay tú.

—Y dices tú que su madre...

—¿Sabes—exclamó Antonia sonriendo maliciosamente—que me va pareciendo á mí que te ha llegao á ti muy á lo vivo el que Antonio se haiga mojado los brodequines pa sacarte la sombrilla?

—¿A mí? ¿Y por qué me había de llegar tanto á lo vivo? Pero en fin, si te ha molestao que te pregunte...

—Vamos, tonta, ¿tú molestarme? Pos qué más quisiera yo sino que tú le gustaras á Antonio. y que él te gustara á ti. ¿Pos no me gustaría á mí mucho que fueses tú la que alicortara á ese milano!

—¿Pero es que no te gusta á ti ese chaval?

—Mía tú, como gustarme, es natural que sí. Pero si he de decirte la verdad, más me gusta un amigo suyo, y mía tú que á mí no se me oculta que su amigo vale un peazo menos que él, pero tiée el otro tanta picardía en su mó de mirar y en su mó de acharranar la cara y en su mó de decir las cosas que vaya, lo que es á mí, me hace perder los papeles.

## VII

Una semana era transcurrida desde el día en que Antonio rescatara el quitasol de Araceli de las azules ondas del Mediterráneo, tiempo durante el cual hubo de hacer dos visitas al "Castizo" acompañado del "Pinturas" y cogidos del brazo ambos amigos, solían lucir el garbo por calle de la Victoria que era donde el "Castizo" vivía, paseos que ya habían llamado la atención de las vecinas en estado de merecer, que apercebidas de que por quien tanto paseaba la calle el "Pistola" era Araceli, no se asomaba ésta una vez al balcón que no la hicieran blanco de sus más hostiles miradas y de sus más enconados decires.

Araceli, desde el día en que viera á Antonio en la playa, no había podido apartar de su imaginación su recuerdo ni los encantadores detalles de aquel día en la noche del cual, al meterse en la cama Antonia y la cordobesa, de haber podido oír el diálogo de ambas amigas, hubiéranse esponjado de orgullo Antonio y Joseíto, los que á su vez, sentados, frente á frente, en el hondilón "El Paraíso", mantenían el siguiente diálogo:

—Pos sabe tú, Antoñuelo, que fué sin dúa el ángel de mi guarda, el que me aconsejó que te buscara en el ventorrillo del "Canelo", porque mía tú, que el diíta ha resultao archisuperior, como que entoavía me estoy relamiendo de gusto, porque es que á mí la Antonia me gusta dende que entró la paloma con la rama de verde oliva en el Arca de Noé, y pa mí que desde entonces está ella por mis peazos como yo por los suyos, y si no la prueba la tiées en que no engorda ni manque la embarnicen con somatose.

—Pos tampoco está muy reonda la de Córdoba, pero tiée unos ojos, "chavó", que son dos herbiquís, porque lo que es á mí me han pasao de parte á parte.

—Como que creo yo que si se le arrima un misto lo enciende na más que con las pestañas, y lo que es á ti ¡vaya si te miraba! y asín estabas tú que golías á pólvora.

—Como que lo que me ha pasao á mí con esa jembra no me ha pasao con ninguna, porque es que ca vez que me rozaba la tela de su chaquetilla me daba un vuelco el corazón.

—¿Y nó te fijaste tú en que cuando llegaron el "Pipi" y el "Niño de la Coronela", y encomenzaron á jacer dengues y monerías ella les golvió la sin faciones y que no bebía más copas que las que tú le dabas? Como que pa mí, es que la has desmangarillao der to, y menester es que pienses tú que esa "gachí" te conviene á ti una cosita regular, porque es que además de ser más bonita que un cromó y más arrullaora que una "zarandaliza", es hija única y sin madre y el padre tiée pa llenar más de un capacho de colonarias y tos en mu güenos terrenos de pan sembrar y en mu güenos olivares.

Cuando aquella noche se metió en la cama Antonio, tardó algunas horas en conciliar el sueño; el recuerdo de Araceli le tuvo desvelado casi toda ella y al día siguiente, cuando llegó la hora de aci-

calarse hubo de llamar la atención de Angeles el prolijo cuidado con que lo hacía.

—Pero, hijo, ¿qué te pasa á ti hoy que lo único que te hace falta es que te estuquen?

—Es que tengo necesidad de volver loca á una chavalilla que me ha puesto á mí que “por la calle tiro piedras y al que le pegue, perdóne”.

—¿Es verdad eso?—le preguntó Angeles sorprendida.

—¡Ca! si es una broma, chiquilla.

—No, no es broma, te lo estoy leyendo en las niñas de tus ojos; sin que tú me lo digas me entero yo de tus cosas y si no mira cómo me enteré de tus tontás con la “Palomeque”, y de tu noviajo con Adelaida, la hija del “Calderero”.

—¡Bah!—dijo con acento despectivo el “Pistola”, á la vez que pasábase por centésima vez el peine por la bien alisada meñena.

—Sí, sí; ya sé que aquellas cosas no te llegaron á ti lo jondo, pero es que ahora me parece á mí que la cosa es más seria, porque me has dicho lo que me has dicho con un metal de voz tan rarillo...

—Mira, si me prometes no decir naíta á la que más queremos, esta tarde te lo cuento.

—Yo te juro que no le digo naíta, naíta, ni esto.

Y la muchacha se mordió, con dos dientes que parecían acabados de desprender de un collar, el extremo de la sonrosada uña del índice y después:

—¿Pero por qué no me lo cuentas ahora?—le preguntó.

—Porque ahora tengo que dir á ver si me da el sol en la cara.

Cuando Antonio salió á la calle hízolo canturreando. Antojábasele que todo cuanto le rodeaba entonaba un himno á la alegría; que el cielo era más azul, más cristalino el espacio, más sonora la voz de los rapaces que alborotaban en el arroyo; de tonos más vivos las flores que en tiestos y macetas decoraban balcones y ventanas.

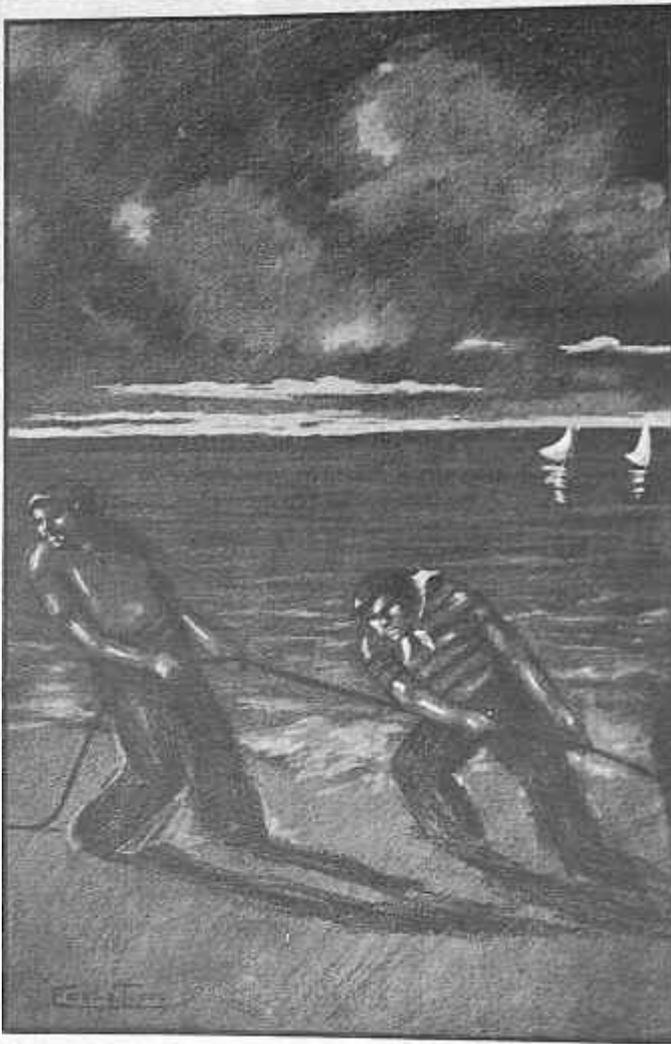
—¡Vaya si va pegando tiros de buen mozo!—

exclamó al verle pasar Dolorecita la “Baratillera”.

Cuando llegó á la calle de la Victoria refrenó el paso y al penetrar lentamente en ella un estremecimiento de júbilo recorrió su cuerpo; Araceli había cumplido su promesa; las once acababan de dar en el reloj de la Catedral y ya estaba aquélla en el balcón medio oculta por la cortina.

—Buenos días—dijo con voz trémula Antonio quitándose algo torpemente el “pavero”.

—Buenos—le contestó Araceli con un ligero movimiento de cabeza y á la vez ponía la más dulce y alentadora de sus sonrisas en sus labios carmesíes.



## VIII

Fuensanta que daba la última mano al peinado de Angeles, parecía menos jovial que de costumbre y una ligera arruga plégaba su frente.

—¿Me quíees decir qué es lo que te pasa á ti hoy?—le preguntó Angeles mirándola con interrogadora expresión.

—¿Qué quíees que me pase? ná, que tu hermano no anda bien donde jace varios días, y que le pasa algo que no me quíee decir y esto me tiée la mar de desazoná y con la mar de cavilaciones.

Angeles quedó perpleja: estaba ella al tanto de lo

que á su hermano le ocurría, pero le había jurado, de modo tan solemne, no decirle nada á su madre, que no se atrevía á faltar al juramento.

—¿Pero es posible que él no te haiga dicho naíta?—preguntó Fuensanta á su hija mirándola como si quisiera llegarle con los ojos al fondo del corazón.

—¡A mí qué me diba á decir! Lo único que yo sé, porque me lo han dicho las amigas, es que anda de tonteo con una de Córdoba que está aquí de temporá, en ca del señor Pepe el “Castizo”.

Fuensanta no quedó convencida y apenas aquella tarde hubieron abandonado la mesa, sentándose junto á su hijo que se había arrellanado en el sillón de brazos, díjole á la vez que le cogía una ma-

no y la acariciaba con las suyas dulcemente:

—¿Me vas á responder con el corazón á lo que yo te pregunte?

Posó él una mirada escrutadora en el rostro grave en aquellos momentos, de su madre, y dijo:

—¿Pero es que me vas á empadronar esta tarde?—le preguntó sonriendo forzosamente.

—Lo que voy es á meterme dentro de ti, porque es que jaec ya una pila de días que me tiées que no vivo, porque es que á ti te pasa algo y ese algo es lo que yo necesito que tú me digas.

—Pero si á mí no me pasa naíta.

—¡Vaya si te pasa! Tú estás enamorao y mal correspondío.

—Pos no, señora; gracias á un “divé”, no estoy yo mal correspondío.

—Luego estás enamorao.

—Pos bien, sí, lo estoy—dijo tras algunos momentos de perplejidad el mozo.

—¿Y de quién estás enamorao? ¿Es acaso de esa muchacha cordobesa que me han dicho que está parando en ca del “Castizo”?

—De esa es.

—¿Y ella te corresponde?

—Me corresponde.

—¿Y ella es buena?

—Cuasi como tú y no digo como tú, porque no hay más que una en er mundo.

—¿Entonces por qué estás siempre tan tristón y tan caviloso?

Antonio dejó escapar un suspiro y

—Pos te diré—repúsole con voz sorda,—es verdá que yo he perdío los papeles por esa chavalilla, y que ella los ha perdío por mí, pero es que Araceli es hija única, huérfana de madre y su padre, que tiée dos cortijos en Ecija quíe casarla con un hijo de un primo hermano que vive en el pueblo y que está, según dicen, podriíto de parneses. Y como el hombre está emperrao en esto, y han llegado rumores á él de que yo andaba medio de pico con la chavalilla, pos le ha eserito al señor Pepe diciéndole que sa menester que corte enseguiita por lo sano y, como es natural, el señor Pepe no ha tenío más remedio que prohibirme que hable con mi Araceli; y como es natural, mi Araceli y yo andamos que no vivimos y vivimos que nos morimos.

—¡Siempre los pícaros ineros!—murmuró con voz sorda Fuensanta.

—Pero si es que yo no quieo sus “parneses” pa naíta de este mundo; si es lo que yo le diré á su “vato”, que le diré que por mí, bien puée regalarle lo que tenga al “mengue”, que yo me basto y me sobro pa ganarme la vía y que yo no quieo suyo más que su hija que es la que á mí me ha arreco-gío por una de las alas der corazón.

—¿Y Araceli qué dice á to esto?

—¿Ella...? Ella no dice más sino que su padre podrá jacerla catite pero no conseguir que se case con el primo.

—¿Y el padre qué tal clase de persona es?

—Pos si eso es lo más grande, porque es que, según dice el “Castizo”, es un hombre con un corazón como una sábana de grande. él, que, habiéndose quedado viudo á los veintidós años, no se ha vuelto á casar por lo mismo que tú no lo has hecho, por no darle madre postiza á su Araceli por la que prevalica der sentío.

—Entonces puée que cambie de mó de pensar; él no te conoce, no sabe quién eres tú y tú... ten tú la seguridá de que en cuantito se entere de cómo cimbras tú el talle, muy posible es que den la vuelta los cagilones; porque aónde va á encontrá pa su hija una prenda como la prenda que yo más quieo.

Y Fuensanta al decir esto ciñó con su brazo el cuello de aquél y oprimiéndolo contra su pecho puso un beso largo y resonante en su frente ya desfruncida.

## IX

El de la “Umbría”, después de poner una granizada de besos en las mejillas de Araceli y de saludar á Antonia, fuése, no sin antes lavotearse y quitarse el polvo del camino, con su compadre al café más cercano.

Era Paco hombre de cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro navidades, de recia y gallarda complexión, y de rostro en que las simpatías habían puesto sus misteriosas imantaciones, y avaloraba la gallardía y gentileza de su figura con un entre marsellés y chaqueta de paño fino, pantalón de tela igual y chaleco descotado que dejaba ver casi del todo la tableada pechera de la camisa en la que brillaba la rica botonadura.

—Camará, compadre, que parece que va usté por la vía reculando como los cangrejos y de seguir asina va usté á arrematar por peir otra vez que le den la denticina—dijo el “Castizo” sonriendo.

—Como que llevo vía de fraile cartujo—le repuso aquél á la vez que le ofrecía la petaca.

—Pos fuerza de voluntá se necesita, chavó, pa aguantar toíto lo que usté ha aguantao.

—Pos crea usté que dende que se me murió mi paloma, no me he visto más que una vez en verdadero peligro de muerte.

Y quedando durante algunos instantes meditando, exclamó, tras dejar escapar un suspiro:

—¡Aquella “gachí” sí hubiera jecho de mí lo que le hubiera dac... repotentísima gana!

—¡Vamos, no hay que pensar en las cosas que se jueron, porque si se va á pensar en esas cosas se nos va á poner el corazón amarillo y con ojeras!

—Sí, no pensemos, y oiga usté, compadre, vamos á platicar antes de na de eso de mi Araceli, porque es que la carta de usté no me dejó tranquilo del to y por eso me he arrancao y me he vinío antes de arrematar un trafillo que me interesaba mucho, pero como pa mí mi Araceli es punto menos que él que está arriba...

—Pos no es la cosa pa que la haiga tomao usté tan á pecho, por más que á la nena la veo yo más pegailla que con laere á la querencia de ese chaqueta que, la verdá en su lugar, es la roar de simpático y la mar de hombre de bien y la mar de pinturero.

—¿Entonces...?

—Pos mire usté, compadre, esa tontuna enco-menzó...

Y cuando ya el "Castizo" hubo puesto á su compadre al tanto de lo que ya conocen nuestros lectores, continuó:

—Yo, como vi que á Araceli le gustaba una atrocidad el "Pistola", y como yo no sabía que usted la tenía prometió á su pariente, y como el Antoñuelo además de ser la espuma de los mocitos, es hombre que gana lo suyo y que además de saber ganarlo sabe no tirarlo... y además que como yo no me enteré hasta última hora, pos es natural, hasta última hora no púe poner pie en paré, ni decirle al muchacho que me jiciera el favor de suprimir el visiteo.

—Güeno, ya veremos qué es lo que se jace, porque es que yo no quiero martirizar tampoco á mi Araceli, pero es que tos sabemos lo que son estas cosas, que esas alegrías de ojos son como el jumo que se va por cualisquier rendija, y el muchacho pa el que yo tengo destiná á mi hija es uno que de dulce que es si se le pone al sol se errite, y además que como arrejuntando los cuatro ochavos que yo tengo con los que él tiée... Pero en fin, asperaremos, que pa mí vale más que los ineros toder Perú una lágrima de mi Araceli.

Aquella misma noche, sentado frente á ella, y con ella á solas, decíale á su hija el de la "Umbria":

—¿Con que ahí es aonde te duele? ¿Con que un pícaro perchelero ha tenío la avilantez de poner los ojos de su cara en esta tan refeísima como Dios te ha dao?

Araceli con los ojos bajos, encendida la tez, no osaba decir palabra y manoseaba con insistencia digna de mejor causa los dijes que pendientes de una cadena de oro adornaban su pecho.

—Con que vamos á ver, ¿qué es lo que me dices tú de eso? ¿eso es verdad?

Araceli levantó lentamente sus grandes ojos hasta posarlos en los de su padre; no se atrevía á contestar á su pregunta; antojábasele un tremendo desacato, algo que estaba pidiendo á voces un reproche divino, é intimidada por estas ideas á la vez que espoleada por su cariño al "Pistola", echó los brazos al cuello de su padre, hundió su semblante en el pecho robusto de éste y quiso decir algo que interrumpió un ahogado infantil sollozo, uno de esos que en vez de herirla resbalan en la garganta con ritmo quejumbroso y acariciador.

## X

—¡La mare é Dios! ¿Podrás tú creer, "Ventolera", que con esta trompeta de Jericó que me ha dao Su Divina Majestá, no he podío dar con el rastro del "Pistola", á pesar de yevar ya hora y media metiéndola en tos los "buchinchis" donde él suele meterse cuando le da la picá de la melancolía?

—¿Y oye tú, aónde te han enseñao á ti eso de la melancolía?

Media hora tardó en llegar Antonio á la taberna en la cual penetró con aire triste y abatido, y sin ver á su camarada, fué á sentarse en uno de los extremos más solitarios á la vez que decíale, al pasar por su lado, al "Ventolera":

—A ver si me traes un garrafón de arcehol y una cajilla de mistos.

—¿Y no será mejor que te lleve un cañero del de los "Mórviles" de uno que acabo de recibir que cura toftas las penas?

—Lo mismo me da con tal que me quite esta pícara nube que me ha caído encima del alma.

—Pos aquí está er méico y er solera y er petrólío que tú necesitas—dijo el "Pintura" acercándose en aquel instante á su amigo repiqueteando los dedos á modo de crótalos.

Una sonrisa animó el rostro del "Pistola" al ver al íntimo confidente de sus penas y sus alegrías.

—Pos di tú que es la "chipé" lo que dices, que la única presona que á mí me entona el cuerpo eres tú, con que asiéntate ahí y encomienza á irnotizarme, porque si no me irnotizas voy á salir de aquí pegando alaríos.

—¿Y se puée saber qué es lo que hoy á ti te pasa?

—Pos lo que me pasa es que dende que vino el "vato" de mi tormento no consigo platicar con ella ni dos minutos y yo podré seguir tirando de la vía si me sacan la medula y la ponen al sol, pero yo no pueo vivir sin mirarme en las niñas de los ojos de mi Araceli.

—Pos di tú, "chavó", que eso no es un querer sino un ciclón, y eso no puée ser; á las jembras hay que quererlas con cuenta-gotas, si no aprende de mí y mira tú que yo quiero con fatigas á la Antonia á pesar de que pa verla de perfil se necesita una lupa; pos bien, ¿sabes tú por qué está ella que prevalica por mí? Pos está que prevalica porque á mí me chorrea, pero que me chorrea la ciencia y la tunantería.

—Mira, si es esa toa la medicina que tú te traes...

—Ca, hombre, que es otra la que yo te traigo, y si no, vamos á ver. ¿Quiées tú ver esta noche de cerca, pero que muy de cerca, á tu martirio?

—¿Y eso!

—Pos si no te importa... "chanfi"; esta noche, puées verla de cerca y la única espina que tiée esa flor es que tamién vas á tener que ver al "vato" de tu martirio.

—¿Y eso qué se me importa á mí?

—Pos si no te importa... "chanfi"; esta noche, como un convíao convía á ciento, nos vamos tú y yo á ca del señor Cayetano el "Peregiles", que esta noche celebra los dichos que se toman su nieta con Perico el "Jobao".

—Toma, á eso estamos convíaos tos, como que mi Angeles está emperrá en que yo la lleve.

—¿Pos entonces qué jaces, lagarto, que no te soleas? Tiées más que dirte allí con Angeles y si quieres conmigo tamién, que voy á llevar á mis primas y á su madre, y como yo sé de mu güena tinta que va allí toa la gente del "Castizo"...

—¿Pero estás tú seguro de que irá Araceli?

—¿Pos no lo he de estar, si me lo ha dicho, por señas, mi Antonia?

—Qué, parece que la medicina te ha sentao bien—dijo en aquel momento el "Ventolera" acercándose á ambos amigos.

—¡Como que me río yo de to el potó medicato! —exclamó el "Pintura", mientras le miraba el sorprendido tabernero y Antonio ya acostumbrado

al caprichoso léxico de su camarada, dejaba serpear en sus labios una irónica sonrisa.

## XI

El "Peregiles" había engalanado la casa con gallardetes, banderolas y farolillos de colores, después de invitar al fausto suceso á lo más empinogorotado del barrio, y para que los más tragones y fieles prosélitos de Baco no tuviesen que sufrir privación alguna, hizo colocar en la gran mesa del comedor, nutridísima batería de azafate de dulces, fuentes de lascas del de Trévez, rodajas de los más sabrosos embutidos y de quesos de Manzanares, flanqueados por nutridas huestes de botellas además de las garrafrones adosados á los muros en regocijantes filas, citando para solaz de la gente moza á los más famosos tañedores de vihuela y á los cantadores de más cartel y "tronío".

La casa parecía una colmena; todo cuanto el barrio encerraba de algún relieve habíase allí dado cita, y una vez terminada la ceremonia abriéronse, al regreso, las puertas del comedor y dió principio el ataque contra fuentes y azafates, botellas y garrafrones, de la nutrida falange de hambrientos y sedientos; y pronto también los acordes de las guitarras anunciaron que empezaba la fiesta en el patio embellecido por la luz de distintos colores de la iluminación que convertía los pámpanos del parral y las laberínticas ramas de los jazmines y trepadoras en un fantástico decorado de poéticas tonalidades.

Paco, el de la "Umbría", sentado junto al "Castizo", cerca de los tocadores, distraíase contemplando la pintoresca y brillante perspectiva, "jateado" típicamente con traje casi corto, con cabos negros en lugar de botonadura en el entre marsellés y chaqueta, y tableada la nívea pechera de la camisa en la que fulgían dos pequeños brillantes.

—¿Quién es la que ha entrao con el "Pistola"?—preguntó Paco al "Castizo" al ver penetrar en el patio á Angeles cogida del brazo de su hermano, el que con ojos escrutadores buscaba á Araceli, sin parar mientes en que muchas de las mozas allí congregadas le seguían con miradas retadoras.

—¿Dónde está Araceli?—preguntó Angeles á Antonio.

—Por aquí debe andar: el "Pinturas" la ha visto, y mira, el que está á la vera del "Castizo" es el padre de mi martirio.

Siguió Angeles la mirada de su hermano y

—¿Cuál?—le preguntó á la vez que se cruzaba su mirada con la de Paco que la contemplaba con descarada insistencia.

—Pues ese que te está asesinando hora mismito.

—Pero si ese hombre es mu joven.

—¿Y quién te ha dicho á ti que sea un "puchi"...? Pero mira, ahí tiéas á las primas del "Pintura".

Estas, que también habían divisado á Angeles, se apresuraron á unirse á ellos. Antonio, dejándola en su compañía, se dedicó á buscar á la hembra de sus pensamientos.

Esta no tardó en aparecer del brazo de Antonia y escoltada por el "Pintura", que con ojos

chispeantes y el "pavero" en la coronilla, decía-le á aquélla con acento querrelloso:

—¿Y no podríamos nosotros firmar también esta noche nuestros esponsales?

Algunas horas después habíanse aclarado las filas, muchas habían sido las bajas causadas por las traiciones y perfidias del "Solera"; muchos de los mozos habían tenido que ser conducidos por sus camaradas á sus respectivos domicilios.

Antonio sentíase alegre como un repique: presentado por el señor Cayetano al de la "Umbría", éste habíale recibido con la sonrisa en los labios, lo que no dejó de llamar la atención del "Castizo" y de Antonia, pero pronto ésta depuso su asombro. El de la "Umbría" habíase olvidado, mirando á Angeles, de sus cuarenta y pico de navidades hasta el extremo que hubo de decirle su compadre con zumbón acento:

—Pos diga usted, compadre, que cualisquiera diría que se le había á usted perdido la "chaveta" entre las pestañas de esa chavalilla.

—Pos es verdad, que no sé yo lo que tiée esa mariposa en la cara que me recuerda la única "gachí", que, muerta mi Rosario, me hubiera jeeho á mí reengancharme.

—Pos ándese usted con la mar de cuidao que está usted en una edá la mar de delicá y tendría salero que al cabo de años mil...

—Vamos, hombre, ¿quíee usted callarse?

—Pos ándese usted con tiento, repito, y procure usted no arrimarse mucho al rebalaje.

No obstante estos consejos tan prudentes, media hora más tarde decía Paco á Angeles, mientras Antonio pegaba la hebra con Araceli:

—Vamos á ver cuándo me convida usted á su toma de dichos, por más que creo yo mu difícil que haiga hombre que se merezca esa carita que está pidiendo á gritos el Toisón de Oro. por reque-tefeísima que es usted.

—Pos eso no lo diga, porque no creo yo que la "Peregiles" haiga ganao ningún premio en ningún concurso y ya ve usted si ha encontrao quien la quiera.

Paco quedábase como embelesado oyendo á Angeles.

Esta, si bien no se atrevía á hacerlo frente á frente, miraba á hurtadillas. á Paco como orgullosa de verse objeto de las miradas codiciosas de hombre tan bizarro, y estremecía de gusto al pensar que tal vez ella pudiera influir en la felicidad de Antonio.

—Oye tú, Angeles, sea norabuena—dijo á ésta Antonia que no obstante no desatender un punto el alegre charloteo del "Pinturas", no perdía de vista á su amiga.

—¿La norabuena por qué?

—¿Pos por qué ha de ser, salero?, porque según parece, has conseguido lo que nadie en el mundo ú sea erretirle uno de los festones de las entretelas al de la "Umbría".

—¿Yo? Vamos, mujer, es que te has creío tú que he quedao yo pa sacar gente al sol pa que se cosque.

—¿Pa que se cosque! ;Pos que eres tú muy desigente! ;No con un canto sino con una bayoneta se darían en los pechos las mejores mozas por coger al de la "Umbría", pues á bien que si dijera



Paco que se rifaba no diba á haber quien empeñase jasta los ojos por sacar más papeletas!

Las palabras de Antonia dejaron meditabunda á Angeles; á ella le gustaba Paco, aquel hombre tan fuerte, tan brioso y tan bizarro, pero no habíase atrevido á pensar en aquello por temor á ponerse en ridículo al decir que le gustaba un hombre que podía ser su padre.

Lo que su amiga le hubo de decir la sacó de su cngaño y al fijarse pudo ver cómo las hembras de más cartel miraban furtivamente, con expresión codiciosa á Paco, y cuando los ojos de éste fueron á posarse en los suyos de nuevo, una sonrisa despuntó en sus labios y después como avergonzada de aquella sonrisa, fué á confundirse con el grupo de muchachas que rodeaba á los que tañían las vihuelas.

—¿Pero por qué no toca el “Pistola” también? —preguntó Antonio el “Serenio” dirigiéndose al “Perégiles”.

—Pus porque el “Pistola” no está hoy de tanta—repúsole aquél que se multiplicaba por atender á los invitados.

La pregunta del “Serenio” fué repetida por casi todos los concurrentes; Antonio no se hizo rogar y pronto, sentado entre ellos, templaba la guitarra de uno de sus camaradas.

—Usted cantará una copla, ¿verdá?—preguntó á Angeles el de la “Umbría”.

—¿Yo? pero si yo canto menos que un canto.

—Diga usted que no—exclamó terciando en la conversación una de las primas del “Pinturas”,—que se canta muchísimo mejor que otras que presumen de ocarinas.

—Entonces va usted á cantar si es que quiere usted darme gusto.

—Güeno, cantaré—pero con la condición de que

usted se cante también dos coplas por ca una que yo me cante.

Media hora después ya habían recordado tiempos mejores, al conjuro de innumerables libaciones, el “Castizo”, el señor Antonio el “Calderero” y Pepe el “Cartulina”, hombre el que menos de cincuenta otoñadas, y pronto, por todos requeridos, dieron al viento las coplas con que en la alegre mocedad rindieran los corazones más altivos y desdeñosos, y Paco, requerido también por todos y más por Angeles, que no desistía de sus deseos de oírle, y por Antonia que sabía que años atrás había sabido hacer de manera digna de figurar en un gramófono, decidióse á cantar, decisión que Angeles acogió palmoteando alegremente.

Paco puso en Angeles una mirada como queriendo ofrendarla la copla y tras

tantearse de modo que acreditaba sobradamente su maestría, cantó:

Quando te miro, la nieve  
se me derrite en el alma,  
que no hay nieve que resista  
á los soles de tu cara.

La voz del de la “Umbría” resonó tan viril y tan armónica y tan llena de dulces amarteladas cadencias, que todo el concurso aplaudió entusiasmado y Angeles correspondió con otra no menos entusiástica á la mirada que hubo de poner en ella el “cantador” haciéndola sentir una vaga, ardiente inquietud hasta entonces nunca sentida.

## XII

—¿Me quieres decir qué es lo que á ti también te pasa? ¡No parece sino que también á ti te han dao cañazo!

Angeles oyendo á su madre, sintió que la sangre encendía sus mejillas: había aquélla puesto el dedo en la llaga; el cañazo á que se refería no era otro que uno de los dardos siempre certeros del niño de la venda y del áureo carcax, que tan revuelto trae este pícaro valle de lágrimas, el cual había metido en el alma por alguna misteriosa hendedura alguno de ellos, y aunque ella en sus graves y al par casi infantiles meditaciones no quería reconocer por origen de su inquietud ni de sus recónditos anhelos los ojos del de la “Umbría”, era lo cierto que la imagen de éste no se apartaba un punto de su imaginación, ni dejaban

de resonar en sus oídos sus palabras tan dulces y querellosas.

En los días transcurridos desde aquel famoso y de recuerdo imborrable en los anales de su vivir, en que hablara por vez primera con Paco, varias habían sido las veces en que requerida por su hermano, había ido á visitar á Araceli y Antonia, visitas al hacer las cuales habíase tropezado con el de la "Umbría", el cual había ido depониendo su hostilidad á los amores del mozo con su bella unigénita.

Tan de memoria sabíase el "Castizo", al que los años habían hecho aprobar las más difíciles asignaturas de la carrera de la vida, el porqué de aquella súbita transformación, que una noche cuando ambos paladeaban el café que solían tomar en uno de los más próximos á sus "cubiles", díjole el viejo al de la "Umbría" con acento irónico:

—Mire usted, compadre, en cuanto arrematemos nos vamos pa casa, que no quieo yo esazonarle á usted el éerpo.

—¿Y eso por qué me había de pasar á mí esta noche?

—Pus por lo mismo—le repuso—que el "Pistola" le ha quitao á usted de la mano el retaco de dos cañones con que diba usted á pasarlo por las armas por haberse metío en asolviantar á su Araceli, por lo mismo que se le han acabao á usted las priesas por dirse al pueblo; por lo mismo que tos los días en que una pajarita del agua va á nuestro "chamizo", á usted le entra el pardillazo y se le quitan las ganas de tomar el café; por lo mismo que...

—Por lo mismo que va usted á conseguir que mananita mismo me piquen á mí en la estación los dos tiquetes del ferrocarril y me vaya con mi Araceli á mi cortijo—repúsole aquél intentando ponerse grave.

—Ni que estire, ni que no estire el cutis: si se pensará usted, compadre, que á los setenta años de andar como yo pegando más brincos que ua puñao de cigarrones, por rozas y por rastrojos, se me va á mí á ocultar una cosa como esa que es una que á borbotones se nos sale jasta por toítos los poros de nuestra persona, y por algo ya mos tiée anunciá su visita la Fuensanta y eso me parece á mí que es que se ha comío la partía.

—Pos lo que más siento de to esto—dijo Paco, echando por otro derrotero, con expresión meditabunda—es que el Antonio tiée á mí Araceli más reliá que á un carrete, y como yo estoy tan comprometío con mi primo pa que mi hija se case con su Tovalo...

—Pero si ese mozo, según me han dicho á mí, pa que platique sa menester jasta engrasarle las glándulas—repúsole el viejo aceptando el cambio tan brusco iniciado por el de la "Umbría".

—No diré yo que sea el mozo un asesina mujeres y muchísimo menos si se le compara con el "Pistola", pero en cambio no puée andar de güeno que es, y además que el probe está por su prima que prevalica der sentío, y además que dende que se vino ella der pueblo el mozo no ha parao de suspirar, y como ea suspiro suyo es un aldabonazo, pos velay usted.

Cierto era lo que el "Castizo" hubo de anunciar al de la "Umbría" con relación á la visita en proyecto

de Fuensanta: inquieta ésta por la creciente ocupación de Angeles y por alguna que otra broma con que Antonio pretendía de vez en cuando desanugar el ceño de su hermana, comprendió que si el padre de Araceli empezaba á transigir respecto á los amores de aquélla con el mozo, no era por más arte de encantamiento que por el producido en él por Angeles; y alarmada más que por lo que le decían por lo que conjeturaba, decidió conocer personalmente al nuevo actor que acababa de presentarse en el escenario de su vida; pero queriendo antes saber con qué expresión debía hablar al desconocido, en la misma mañana del día en que tenía proyectada la anunciada visita, aprovechando una hora en que terminado el almuerzo dedicábase madre é hija á la costura, dijo la primera á la segunda posáudo en ella una mirada en la que quizás por primera vez fulgía un mandato imperioso:

—¿Tú sabes que esta noche voy yo con ustedes á ca del "Castizo", verdá?

—Ya lo creó que lo sé—repúsole aquella mirándola algo desconcertada.

—Pos bien, si yo voy á ca del "Castizo"; voy porque tú no eres como yo fui, que no miré yo nunca á ningún hombre más de tres segundos seguidos sin pedirle á mi madre permiso; y si la probética mía no estuviera jechita como está una momia, ella te lo podría decir.

Angeles, no acostumbrada á aquella voz tan severa, ni á ver brillar tan marcado el reproche en los ojos maternales, sintió que se humedecían los suyos y parpadeó fuertemente para cerrarle el camino á una lágrima, en tanto aquélla continuaba diciendo:

—Y antes de ir esta noche á ca del "Castizo" necesito yo saber del pe al pa, cuanto haiga medio entre ti y ese Paco, el de la "Umbría".

Y tan enérgica vibró la voz de Fuensanta que Angeles se creyó reo de alta traición, y no pudo refrenar por más tiempo el llanto que pugnaba por brotar por entre sus sedosas pestañas.

Fuensanta sintió que aquellas dos lágrimas caían en su pecho, y endulzando las inflexiones de su voz y quitando rigidez á sus músculos y gravedad á sus ojos:

—No sé yo á qué vengan esas lágrimas—dijo,—y sobre to que con decirme ahora pa que yo sepa cómo tengo que jugar las cartas con ese hombre, lo que con ese hombre tú haigas platicao, ya estamos á la otra vera del río.

—Pero si lo que á mí ese hombre me ha dicho no han sío más que cuatro chalaúras.

Y Angeles repitió á su madre, con acento entrecortado y turbada expresión, todo cuanto hubo Paco de decirle en sus amorosas pláticas; y al concluir preguntóle aquélla estrechando las manos de la muchacha entre las suyas y mirándola como si quisiera llegar con su vista á lo más hondo de su corazón.

—Y ahora dime la verdá, pero que la verdá. ¿Te gusta á ti ese hombre?

Angeles quedó silenciosa sin atreverse á levantar los ojos; pero repetida la pregunta por aquélla, se cubrió el semblante con ambas manos y

—Pos bien, sí, madre sí; me gusta—le repuso con voz apenas perceptible.



—¿Mucho?

—Sí... mucho, muchísimo que me gusta.

Y Angeles dijo esto con la cara cubierta por los brazos y los brazos sobre las rodillas de su madre, que pasando su mano, de maravilloso dibujo, sobre las ondas del cabello de aquella, quedó como sumergida en una meditación grave y melancólica.

### XIII

Paco y Fuensanta se miraron sorprendidos; no habían conseguido los años borrar en ellos sus respectivas imágenes, y desde el momento en que la segunda penetró en la estancia, ahogó el primero una exclamación de sorpresa, sin dudar un solo instante de que era la misma por la que él antaño hubiera sacrificado su libertad, y Fuensanta tampoco dudó de que fuese el mismo que tan á punto estuvo de hacerle ceder en sus inquebrantables propósitos, cuando aún lloraba la pérdida de su hombre. Y no pudo evitar, á pesar de los muchos años transcurridos, que su rostro se demudara y que su respiración tornárase anhelosa durante algunos momentos.

Casi ninguno de los en la sala congregados pudo percatarse de la impresión que hubieran de experimentar ambos al encontrarse frente á frente: y decimos que casi ninguno, porque para Angeles no pasó inadvertida la mal reprimida emoción de su madre, ni la extraña tartamudez de Paco al cambiar con ella su saludo.

La velada se deslizó plácidamente. Paco pronto dominó sus turbaciones, y al pegar, minutos después, la hebra, como solía hacer con Angeles, se dió cuenta exacta de la impresión que experimentara al verla por primera vez; aquella dulce, misteriosa imantación que en ella le enamoraba tanto, no era más que un reflejo de algo que fulgía luminoso y atrayente en el rostro de la viuda.

Angeles al ver que ésta no fruncía el ceño al verla partir con el de Córdoba, sintió que el júbilo desbordaba en su corazón, y dejó de pensar en aquellas turbaciones que un momento creyera notar en Fuensanta al saludar ésta á Paco. Antonio, guitarra en mano, invitaba á cantar á Araceli y á Antonia; el "Castizo" fumaba en un extremo; sólo la viuda parecía de vez en cuando, grave y reflexiva, sin poder evitar que la curiosidad le hiciera examinar á hurtadillas la figura de Paco, el cual, á su vez, aprovechando una oportunidad, díjole con acento dulce y halagador, sentándose junto á ella:

—Es usted un milagro de bonitura; cuidao que esto es grande, y no sé cómo se puede vivir tantísimo tiempo siendo flor sin dejar de ser capullo.

Fuensanta tornó á inmutarse ligeramente y se mordió los encendidos labios; acababa de surgir en su mente el recuerdo de aquella noche en que aquel hombre con el mismo timbre de voz hubo de decirle: —Y si no está usted en el balcón, que Dios der cielo la jaga á usted tan dichosa como usted merece, y que tenga misericordia de mí pa que no me mate la pena.

Comprendiendo que algo debía contestar á la galantería de Paco sonrió dulcemente y pronto,

olvidándose del presente, dieron ambos rienda suelta á su imaginación que empezó á galopar por los campos llenos de luz y de verdes de los años juveniles.

Cuando más engolfados estaban ambos en la conversación, Fuensanta se fijó en Angeles, y al verla, al ver puestos en ella con expresión de angustia y de celos aquellos ojos tan queridos, se contrajo violentamente su rostro cuyas mejillas se matizaron de púrpura, y Paco al notar tan brusca metamorfosis, siguió con la suya la mirada de la madre de Angeles y al ver la expresión de celos y dolor que en el semblante de ésta última se retrataba, cayó, como Fuensanta, desde las celestes alturas que añoraban, y halagado en su amor propio sintió deseos por el capullo, sin que esto le hiciera olvidar la rosa; y aprovechando una oportunidad que el acaso, y tal vez más que el acaso la ofreciera Fuensanta, se apresuró á sentarse de nuevo junto á Angeles que le miró con el rostro contraído por gracioso mohín de cólera y de despecho todavía infantiles.

Fuensanta sentíase molesta con ella misma; al toparse con la mirada celosa de su hija, la vergüenza había sonrojado su semblante: razón había tenido Angeles para mirarla de aquel modo, pues olvidándose de la realidad, que se imponía glacial y desconsoladora, habíase dejado remecer un punto en la hamaca de luz del más dulce de sus ensueños.

Cuando regresaron á su hogar, Antonio iba como rebrincando de gozo; su porvenir radiaba ante él como con celajes de oro sobre cendales de azul; la oposición de Paco se desvanecía cual sutil neblina á los rayos del sol, pero si Antonio llevaba en el alma un resurgimiento primaveral, en cambio Angeles estaba grave y mohina, y Fuensanta procuraba enmascarar su preocupación con una jovialidad expansiva que en sus momentos de olvido degeneraba en sombría abstracción.

—Oye, ¿qué tiées? ¿es que te duele la cabeza? —preguntó á Angeles su madre con expresión al parecer distraida.

—¿Yo? yo no tengo na, y tú, ¿qué tiées?

—¿Yo?

—Sí, tú que desde esta mañana no me miras como antes.

Angeles había mentido; ella creía notar en la cara de su madre algo anómalo, pero no desde hora tan lejana sino desde que sus ojos se hubieron de posar en ella cuando no pudiendo contenerse la contempló llena de ira al verla sonreír con expresión irresistible al hombre por ella preferido.

Fuensanta procuró desvanecer aquella sombra primera en la frente de su hija. Reconocíase culpable de una ligereza que hacía enrojecer en el fondo de su conciencia; y cuando aquella noche se metió en el lecho, el insomnio, con sus ojos inmóviles y febriles sentóse junto á ella, y su imaginación alzó nostálgica su vuelo y fué á posarse en los días aquellos en que Paco el de la "Umbría", entonces para ella completamente desconocido, paseaba por debajo de sus balcones, y ella, al amparo de los visillos y del cortinón, recreaba sus ojos contemplando á aquel mozo cenceño y gallardo, de mirada triste y luminosa como un rayo de luna argentado y melancólico.

...Realmente, el tiempo al pasar, lo mismo que con ella, había sido indulgente para con él y era la suya una hermosa y arrogante plenitud; su imaginación se entretuvo en presentar á sus ojos el más bello y riente panorama tentador; ya sus hijos estaban criados, pronto abandonarían el nido, y ella se encontraría sola con su pobre vieja, con aquella á modo de momia á la cual tenía que atender, como si de nuevo hubiese tornado á los años primeros de su vivir; y pensando en que todavía aquel hombre estaba en la plenitud lozana de su existencia, en que ella era también un otoño de la vida aún lleno de incentivos; en que Paco, como ella, la de los suyos, no tenía más árbol que le diera sombra que su hija, y en que si ella seguía gustándole á él como en tiempos mejores, y...

En aquellos momentos la realidad surgía descarnada é implacable: Angeles estaba enamorada de Paco, y aunque había podido apreciar al encontrarse delante del cordobés, que éste, como ella, había sentido resurgir el pasado, y que su hermosura inmarchita era todavía bastante á volver á encadenar á aquel hombre á su yugo, al verle inmutarse ante el reflejo de su mirar, se acordó de su hija, comprendiendo que aquel hombre era más imposible que nunca para ella, porque la realización de aquel ensueño era la muerte de la ilusión primera de Angeles; y al pasar esto, un suspiro, que resonó como una queja amarguísima nacida en lo más hondo de su corazón, brotó en sus labios; y si alguno hubiese acercado á la suya su cara, hubiera podido notar que el llanto resbalaba en silencio por sus pálidas mejillas.

#### XIV

Y mientras la viuda del "Pistola" atormentábase en sus tan hondas y tristes divagaciones decía Paco también insomne en su bien mullido lecho:

—¿Quién diba á pensar que aquella "gachi" que tan de firme se me queó pegá al pensamiento había de resultar la madre de esa chavalilla que si me gustó, como me gustó, fué porque tiée en su cara, en su mó de mirar aquello mismo que Dios, le ha puesto en los ojos á Fuensanta. Y lo peor de to esto es que yo no sé cuál es ahora la que de dambas más me gusta, porque es que cuando estoy á la vera de Angeles y encomienzo á goler á capullos de rosas y se fijan en ella mis ojos y la veo mirarme como si mis ojos fueran los amos y la llave de sus penas y de sus alegrías, y cuando la veo tan espigá, tan delicaila, tan juguete, con su carilla de porcelana y con su talle de avispa, la sangre se me enciende y me orvío de que cuando yo ya sea un "pudú" der tó, cumplíos los cuarenta y pico, Angeles estaría entoavía goliendo á capullo y tendrá er talle como un torzal y la carita de porcelana...

Pós y cuando me arrimo á la otra... que yo no he visto en toa mi vía unos ojos más mandones ni con más cencia, ni con más arte, ni con más tunantería pa poner á un hombre en el disparadero, y aluego una mujer con un alma tan regrandísima y un corazón tan regrandísimo y... un cuerpo tau

requetepreciosísimo, porque cudiao que ni jecho á cincel; y cudiao que tuvo, que pelear la "gachi" como una leona pa llevarse ella misma el pulso en aquel tiempo en que yo le peí que me quisiera; y pa mí que no necesito ya preguntárselo, pa mí que al siguiente día de no haberse asomao al balcón estaba más arrepentía que de haber nacido, porque es que al trompezarse conmigo me lo han dicho sus ojos que no callana; lo que es que como ha visto que su hija está por mí y que á mí la Angeles me gusta, pos la "gachi" se ha puesto etrás de la cortina, pero yo la veo por dentro, y mientras más se esconde, más me gusta sin que me guste menos la Angeles, pero lo cierto es que la que á mí me conviene es la madre muchísimo más que la hija.

Porque si yo me casara con la madre, ella y yo estaríamos emparejaos; ella me gusta á mí y yo á ella no la desazono el cuerpo, y ella está entoavía pa que la chillen, y yo necesito casarme, porque dentro de na se me vuela mi Araceli y el que se casa casa quíee y yo me queo más solito que una palma, tan y si me casara con Fuensanta, pos diríamos al mismo tiempo llegando dambos á la fin de la caminata y dambos nos consolaríamos...

Y cuando Paco empezaba ya, casado mentalmente con la viuda del "Pistola", empezó á verse el porvenir, con el pelo blanco y el semblante rugoso, surgió de nuevo la imagen de Angeles riente, esbelta, grácil, pletórica de vida, que desbordaba en graciosos movimientos llenos de coquetería; tornó á respirar su perfume de hembra virgen, á ver posarse en él interrogadores sus grandes ojos que parecían preguntar á la experiencia de los suyos las cien cosas presentidas en sus sueños, y al verla de nuevo en su imaginación disparóse de nuevo como un corcel de pura sangre al roce de las espuelas y una ola de voluptuosidad se adueñó de todo él, resbaló arrebatadora por sus venas, relampagueó en sus ojos y cerrando los del alma á los riesgos que encerraba aquella tentadora senda, se volvió á reclinar en el lecho, y como si Angeles celosa presintiera el peligro en que estaba su amor hacia aquel hombre, aferróse luminosa á su imaginación y cuando la luz del nuevo día penetró en la estancia en que el de Córdoba reposaba aún, antojábasele á éste respirar el perfume de rosa en capullo que despedía el cuerpo de marfil de la hija del malogrado "Pistola".

#### XV

Cuando Fuensanta vió avanzar hacia su vivienda á Paco, y posar en ella, desde lejos, sus ojos brillantes y siempre amartelados, un poderoso estremecimiento agitó su cuerpo.

Desde punto y hora en que su hija le anunciara que Paco necesitaba hablar con ella, comprendió que se aproximaba el momento decisivo en que tendría que apurar hasta la última gota el amargor del sacrificio que se impusiera; pero acostumbrada ya á enmascarar sus impresiones, sonrió de modo jovial casi.

—¿A qué viene esa visita? ¿Es que acaso se va



ya á dir á su abrigoero?—preguntó á su hija con expresión indiferente.

—No, dirse no... es decir, yo creo que no—monosilabeó la muchacha.

—¿Será pa hablarme de tu hermano?

—No, yo no creo que... yo sólo sé que me dijo que tenía que venir á hablar contigo.

Los dos días de espera fueron de prueba para Fuensanta, desde aquél en que se tropezara, en casa del "Castizo", con Paco; su vida, que hasta entonces habíase deslizado apacible y riante, vióse de pronto turbada por el inesperado resurgimiento de aspiraciones y sentimientos que ella había creído ya muertos para siempre.

Ante el doloroso dilema que le presentaba la fatalidad, cuando ya se creía al abrigo de pasiones y sacrificios, tras aquella noche en que sus sentidos exaltados, rompiendo el forzado reposo que les hubo de ser impuesto por una voluntad soberana y emancipándose de tan intolerable tiranía, desbordaron en sus venas en ardientes llamareadas, y en su imaginación en misteriosos devaneos tentadores; tras aquella noche en que una ternura muerta, al parecer, resurgió en su pecho, nostálgico de cariños, cubriéndose de hojas y flores; tras aquella noche de insomnio cuando la luz

del nuevo día, filtrándose por las rendijas del maderamen del balcón, iluminó vagamente su aposento, arrojóse febril de la cama, se puso una bata, y sin alisar siquiera el espléndido cabello, fué al balcón que abrió de par en par y sentóse en él á respirar las frescas brisas matinales.

La luz del día, el alegre campaneo de la iglesia próxima que convocaba á misa á los fieles, el resonante charloteo de los vecinos, los tonos intensísimos del cielo y de las flores, el piar de un canario que parecía reclamarle las frases mimosas del acostumbrado saludo, todo al unísono pareció tender una mano protectora á su espíritu, confortándolo; y sacudió la cabeza como si de aquel modo quisiera espantar los malos pensamientos que en ella zumbaban como un enjambre en torno de su panal; y cuando á poco se le presentó su hija repiqueteando los dedos, cimbrando el talle como si se preparase á bailar uno de los tangos más en voga, amapoladas las mejillas y los ojos chispeantes; cuando sintió que los brazos de la muchacha se ceñían á su cuello y sus labios se posaban acariciadores en los suyos, quedóse mirando tras corresponder á la caricia con la caricia.

—¿Cómo matar tanta alegría y cómo ser yo la

que la mate?—pensó; y estremeciéndose al pensarlo, y por ahuyentar de su alma ideas tan atormentadoras, y para disimularlas á su hija, compuso lo demudado del semblante y preguntó á Angeles:

—¿Has dío á ver á la agüelita?

—Sí, que ya le he visto.

—Pos voy á verla yo y tan y mientras ve tú llamando á tu hermano que duerme más que los caracoles.

Fuensanta penetró en la sala donde dormía su madre; ésta, con los ojos de par en par, la aguardaba, sin duda, con algo de impaciencia reflejada en su rostro, en el que la parálisis había dejado su imborrable huella.

Fuensanta vistió, como de costumbre, á la vieja que parecía haber vuelto á los años infantiles; y así que la hubo acomodado en la anchura poltrona sentóse junto á ella.

—No hay más remedio — murmuró sin que la voz brotara en su garganta;—sámenester forrarse el corazón aunque sea de guta-percha, y menester es que ese hombre piense que yo mardito si me he güertó á acordar ni del santo de su nombre: que se crea que yo no tengo ya corazón pa querer á nadie,

á nadie, y que no güerva á poner en mí más los ojos de su cara y peirle que premita que mi Antonio se case con Araceli, y si él se quiere casar con mi Angeles...

Y al pensar que esto pudiera realizarse, al ver cómo en caso tal tendría que quedarse á solas con su viejecita, incapaz ya de compartir como antaño con ella, penas ni alegrías, algo parecido á una ola de nieve resbaló por su pecho cristalizándolo todo á su paso y llenando su alma de negro, de hondo, de hondísimo desconsuelo.

## XVI

Paco posó una mirada indefinible en Fuensanta, la que mal trenzada la espléndida cabellera, puesto de cualquier modo el pañuelo de crespón blanco que abrigaba su seno, suelta la bata color de rosa, los pies holgando en coquetonas chinelas, hizo fingido movimiento de extrañeza.

—Yo creía que era una broma lo que me dijeron mi Angeles y mi Antonio de que tenía usted que venir á jacerme una visita.

—¿Groma? ¿Pa qué dice usted eso, si sabe por demás que no era una groma? Demasiao sabe usted que yo tenía precisión de platicar con usted de una cosa que á dambos es mucho lo que nos interesa.

—¿Lo de mi Antonio y Araceli?

—Esa es una cosa, pero una cosa que tengo yo ya descontá; yo no soy hombre al que los "parneses" le jagan perder ni la brújula ni el velamen;

yo, si le puse los puntos á mi pariente del pueblo fué porque á mi pariente lo han mandao farturao dende er cielo pa jacer la felicidad de una mujer; porque el hombre que es rico de verdad es el que sabe ganarlo con el suor de su frente, y yo, si en un principio me tiré la escopeta á la cara pa Antonio, fué porque yo no sabía qué clase de tabáco era el que fumaba el mozo; pero al venir y tropezarme con que tiee más de plata fina que de metal, y ver que mi Araceli había perdío los papeles pos desde luego me dispuse á entrar por el aro, y tan me dispuse que jace un puñao de días que



le escribí al pariente diciéndole que fuera jaciéndole el corazón á su hijo á la idea de no casarse con su prima, porque su prima se ha trompezao por aquí con la mitá de su naranja.

Fuensanta sonrió melancólica.

—Pos muchas gracias en mi nombre y en el de mi hijo que va á prevalicar de alegría en cuanto yo le diga lo que usted me acaba de decir.

Un silencio embarazoso siguió á estas palabras; Fuensanta sabía que Paco iba dispuesto á pedirle la mano de Angeles; la actitud grave y adusta adoptada por ella para con él, desde el punto y hora en que librado el último combate se decidiera á dejar noblemente el campo á su hija, habíale hecho comprender á Paco lo inútil que sería intentar avivar los amortiguados recuerdos que dejara la impresión de un día en el corazón de aquella mujer. Y Paco, en quien los incentivos juveniles de Angeles habían despertado sus vigorosos, ardentísimos deseos, durante todo el mes transcurrido, habíase

entregado á aquel idilio que le rejuvenecía haciéndole respirar, cuando menos lo podía suponer, el perfume virgen de aquella chavalilla que deleitaba su espíritu aturdiéndole con sus vivacidades y sus alegrías de pájaro.

Decidido á dar el paso decisivo, cuando aquella mañana empezó á vestirse para llevar á cabo la anunciada visita, volvió á pensar en lo acertado que hubiera sido poner los ojos en Fuensanta en lugar de ponerlos en Angeles; pero aquel mes de dulces coloquios, de pláticas llenas de pasión y de misterio, había hecho ya palidecer casi del todo en él la imagen de Fuensanta é iluminado con luz intensísima la de Angeles, y apenas surgió aquella idea en su cerebro fué rechazada vigorosamente, pero, no obstante, al llegar el momento de declarar sus propósitos, palideció su rostro y viendo retratarse la angustia en el de la viuda del "Pistola", casi tentaciones sintió de aplazar la petición que allí le había conducido, pero la viuda decidiéndose á poner término á aquella escena:

—¿Y entonces de qué otra cosa tiene usted que hablar conmigo?—le preguntó.

Paco hizo un esfuerzo supremo, y media hora después Fuensanta, con un espejo en la mano, á solas en su habitación, miraba con honda y triste expresión de amargura y desaliento reproducido en el cristal su semblante en el que las penas sufridas en aquellos últimos días habían dejado libre el paso á unas cuantas canas que brillaban entre sus relucientes guedejas y á una arruga que habíale robado, por fin, su hasta entonces improfanada tersura á su frente marfilina.

## XVII

La taberna estaba de bote en bote, y apenas ti el "Ventolera", secundado por Pepe el "Chinchorro", podía atender á la numerosa parroquia.

El "Pinturas", después de despedir á los recién casados, se dirigió al hondilón decidido á buscar en él un lenitivo á la pena que le producía la marcha del más íntimo de sus camaradas.

—A ver, ven acá tú, chato de mi vía—gritóle Paco el "Puchi", que, sentado con otros alrededor de una de las mesas, daban fin á la cuarta ó quinta ronda.

—A mí me dejan ustés de ehusqueos, que lo que es hoy al que me jurgue á la crin lo jago viruta más pronto que una garlopa.

—Oye tú, ¿viées de despedir á los palomos?—le preguntó el señor Casimiro el "Hortelano".

—De despedirlos vengo.

—Pos más loco que un cencerro se necesita estar pa haber jecho la hombrá que ha jecho el de la "Umbría".

—Ya nos lo dirá cuando le caiga el purgón, que cuánto más natural hubiera sido que le hubiera metido los cimbeles á la Fuensanta que pa mí vale, como un millón de veces más que la Angeles.

—¿Y es verdá que el Antonio se va á vivir á Ecija?

—Eso es lo que quiere el de la "Umbría" por no asepararse de su hija, pero yo creo que á la fin y á la postre se vendrá aquí á vivir con su madre.

—¿Y cómo ha sido eso de que su madre se quée aquí sola con su vieja?

—Porque como Fuensanta es una "gachí" tan rara, pos no ha habio medio de convencerla, y pa mí que es que no se son mu simpáticos ésta y el de la "Umbría".

—Eso, si viviera, se lo podrían preguntar al "Chícharo"—exclamó irónicamente el señor Casimiro el "Hortelano".

Y mientras su nombre volaba de boca en boca entre algunos de los amigos del "Ventolera", Fuensanta hundida en una butaca junto á su lecho, iluminada la alcoba por la luz triste de una mariposa, con los ojos enrojecidos, contemplaba, sin ver, lo que le rodeaba: una horrible desesperación enseñoreábase de su espíritu; antojábasele aquella alcoba una sepultura, un sarcófago en el que yacían deshojadas y marchitas todas las flores del árbol de su vida; de aquella vida suya tan triste, de aquella existencia en que tantas veces habi sentido resbalar junto á ella la fuente cristalina del placer ambicionado sin que jamás hubiese humedecido en ella sus labios sedientos.

Y al pensar en la soledad en que quedaba, al verse á solas con aquella pobre vieja cuyo rostro ni se había contraído siquiera al recibir el beso de despedida de Angeles y Antonio, aquel pobre ser para el que era la vida un anticipo de la muerte, y al comprender que jamás podría tener un rineón en el hogar de la que acababa de abandonarla embriagada de gozo, impaciente de cruzar los umbrales del misterio, un sollozo brotó de su garganta y el llanto, tanto tiempo contenido, desbordó en sus ojos y hundiendo su semblante en las almohadas siguió sollozando hasta que el cansancio trajo entre su brazos el sueño.

Y todavía estaban sus ojos húmedos cuando haciéndola despertar llegaron hasta ella las primeras claridades del día y el piar de su canario que le reclamaba el acostumbrado saludo con sus dulces y sonoras, matutinales armonías.

FIN

Antonio Reyel

# Los Contemporáneos

— Revista semanal ilustrada —

Publica en su número próximo

HISTORIA DE JUGLERIA

## JUAN LLORENTE

26, DESENGAÑO, 26  
— PARAGUAS Y BASTONES —

Joyería, Platería, Relojería,  
Bisutería fina, Artículos  
para viaje é infinidad de  
caprichos para regalos.

# EL AUTOPIANO

Este maravilloso aparato facilita á cualquiera persona el medio de ejecutar las obras musicales de una manera verdaderamente artística, puesto que permite acentuar cualquier nota ó grupo de notas, realizando, por consiguiente, lo que hasta ahora se consideraba imposible.

Aparatos aplicables á cualquier piano, desde ptas. 1.600  
Pianos combinados con aparato..... " " 2.500  
Unicos agentes, GASSET & TOLEDO, Victoria, 4, Madrid.

## FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

## Indices y tapas para el tomo XXVI

DE

### Alrededor del Mundo.

Están á la venta y comprenden los números publicados desde 1.º de Enero hasta el 31 de Julio de 1912.

El juego de Indice y cubierta de papel fuerte cuesta 15 céntimos.

El juego de tapas de tela lujosamente estampadas, con lomera de piel, y acompañado del Indice, cuesta Pesetas 2,50 más 0,35 para certificado y embalaje.

Se envía franco por sólo Ptas. 2,50 á los lectores que tienen hecha su suscripción directamente en nuestra oficina centra. Caños, 4.

## ALREDEDOR DEL MUNDO

ha comenzado á publicar una nueva novela titulada

LADY JOCELYN

escrita por la popular novelista americana

MRS. MARY JOHNSTON

Los trabajos de una joven que se expone á los más graves peligros por librarse de una boda que la inspira horror, las intrigas del gran señor que viendo en ella una rica presa pone en obra las más poderosas influencias á fin de dominar su resistencia; la caballerosa abnegación de un hombre que á fuerza de solicitud y de generosidad halla poco á poco el camino del corazón que le estaba cerrado; tales son algunas de las situaciones eminentemente novelescas que opresionan al público tan aficionado siempre á emociones sentimentales. Desarrollados en un escenario histórico reconstituídos del modo más curioso, raptos, duelos y luchas con los Pielos Rojas, aventuras de todas clases, sorpresas, golpes teatrales, se suceden con vertiginosa rapidez ante los ojos del lector.

LADY JOCELYN

participa de los dramáticos relatos de Alejandro Dumas y de lo pintoresco de las obras de Fenimore Cooper.

LADY JOCELYN

es obra famosa en América, donde alcanzó desde el primer momento un éxito enorme.



**FOTOGRAFADO**  
TRICOLOR · BICOLOR · DIRECTO  
LINEA · ZINCOGRAFIA  
SUGS DE E. PAEZ  
ILUSTRACIONES  
DE OBRAS Y REVISTAS  
QUINTANA · 33 · MADRID

AN  
MAG  
LEI

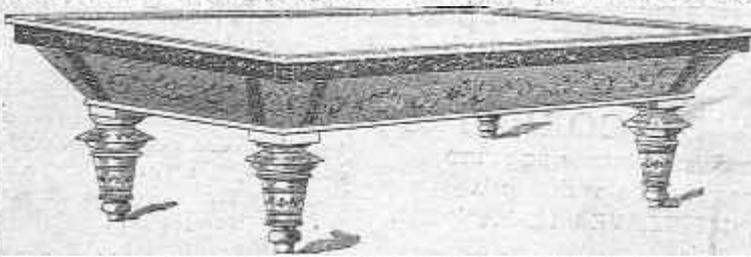
CONSTRUCTOR DE BILLARES

Y

# FABRICA DE BOLAS DE MARFIL



Premiadas en varias exposiciones y con la cruz de Isabel la Católica, concedida por S. M. el Rey D. Alfonso XII.



BILLARES DESDE 650 PESETAS

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

## ANTONIO GALLEGO

— Fábrica: 10, Bordadores, 10.--MADRID —

Almacén y despacho, Bordadores, 3.